



MANOS

*Guanajuatenses*

creadoras

*de*

identidad



**Guanajuato**  
Vive Grandes Historias  
Secretaría de Turismo



Primera edición, 2023  
MANOS GUANAJUATENSES CREADORAS DE IDENTIDAD  
ISBN: 978-607-546-487-9

D.R. Agencia Promotora de Publicaciones, S.A. de C.V.  
Pariculín 390, Col. Roma,  
Monterrey, Nuevo León. C.P. 64700

DIRECCIÓN  
Angel Uriarte Benito  
Héctor Jorge Martínez Hernández

FOTOGRAFÍA  
Alex Marc

ILUSTRACIÓN  
Alfonso Álvarez de Felipe

TEXTOS  
Iñaki Uriarte Arambilet

COORDINADORA DE CONTENIDO  
María Abigail Ramírez Jiménez

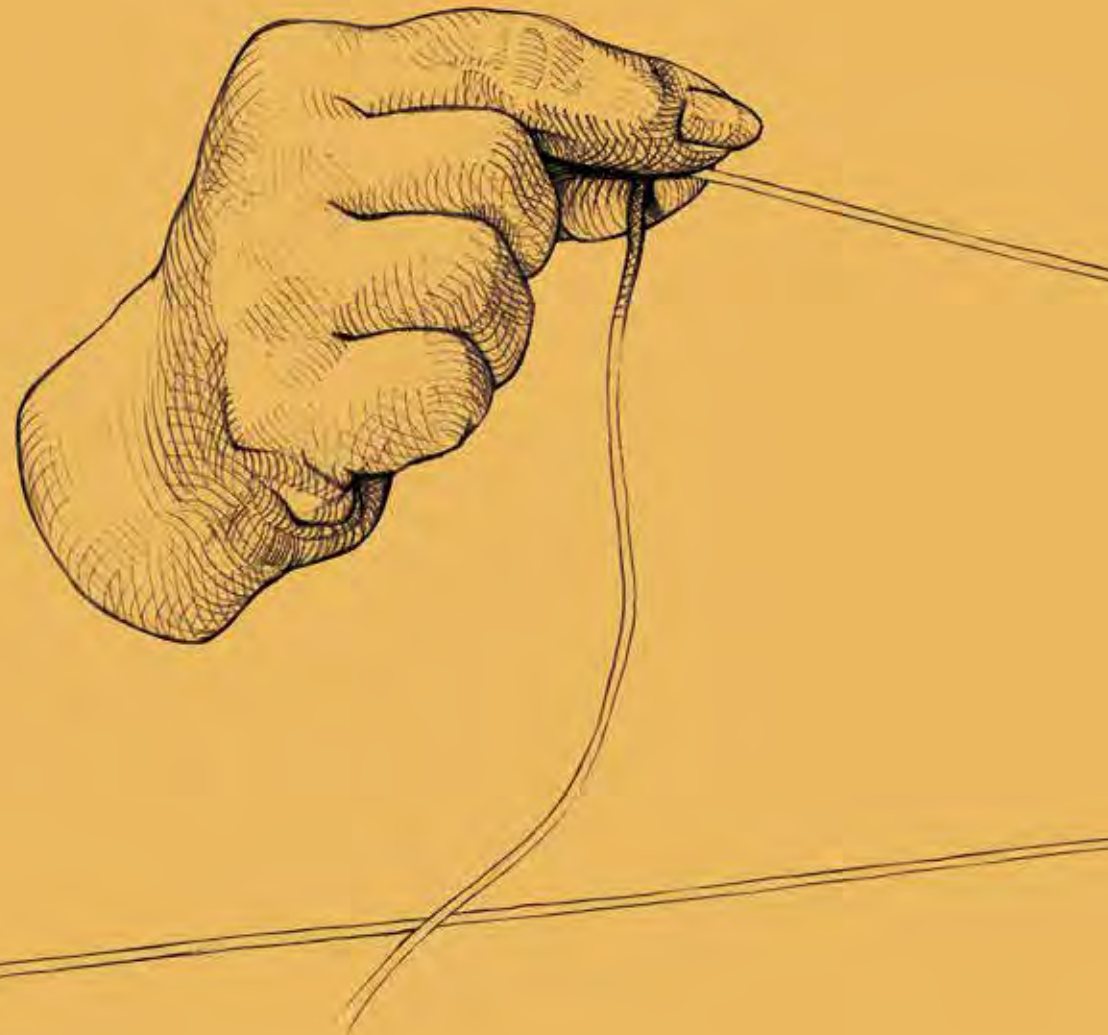
CORRECCIÓN DE ESTILO  
Ana Alejandra Flores Tejada

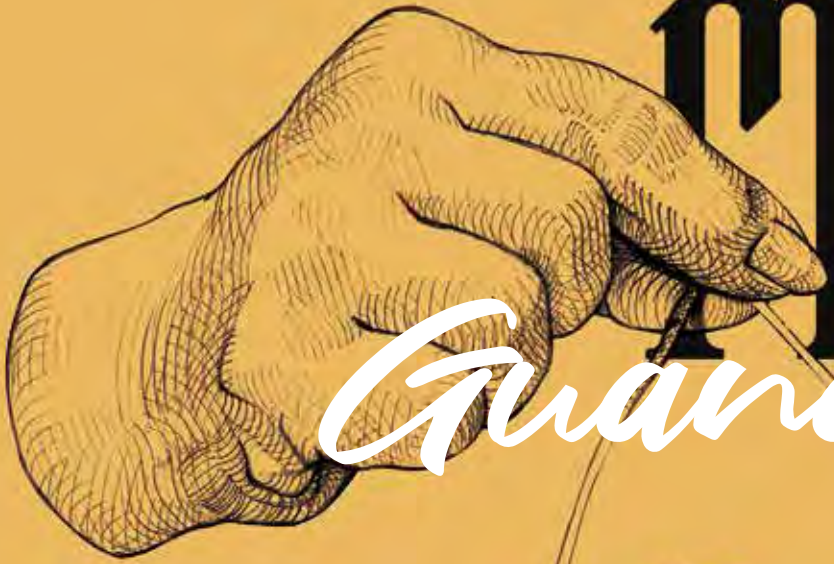
MAQUETACIÓN EDITORIAL  
Antonio Zavala Heredia

**D.R. Autores por sus textos**  
**D.R. Autores por sus ilustraciones**  
**D.R. Autores por sus imágenes**

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Impreso y editado en México / Printed and edited in Mexico.





manos

*Guatemaltecos*

creadoras

*de*

identidad



# índice



# 01

## Introducción

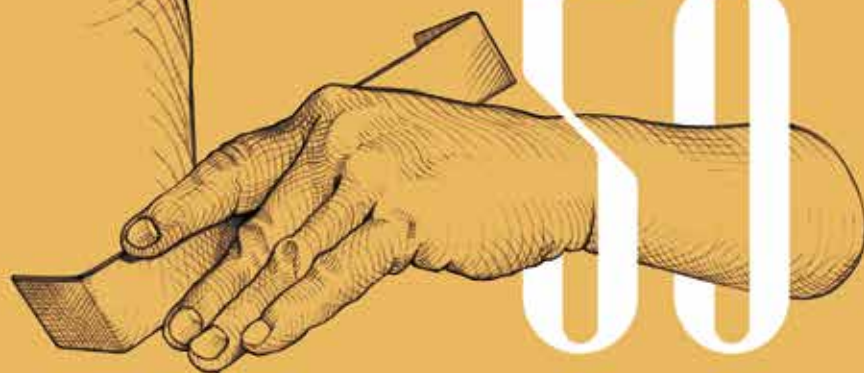
Manos Guanajuatenses  
creadoras de identidad

# 02

## Presentación

Diego Sinhue Rodríguez Vallejo  
Gobernador Constitucional  
del Estado de Guanajuato

Juan José Álvarez Brunel  
Secretario de Turismo  
del Estado de Guanajuato



# 50

## Moldeado a fuego

- 53 Joyería
- 63 Cerámica
- 81 Alfarería
- 92 Mapa moldeado a fuego



# 90

## Descubriendo formas

- 99 Cera
- 115 Cartonería
- 124 Mapa descubriendo formas



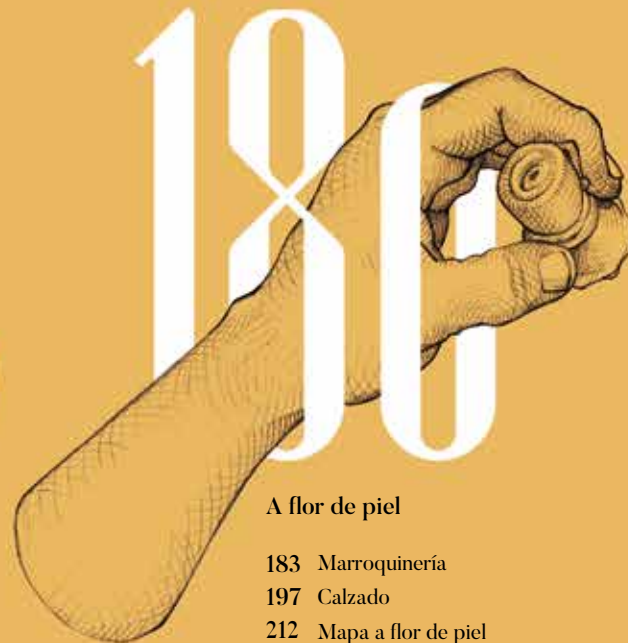
**Golpe a Golpe**

- 07 Madera
- 23 Piedra
- 33 Metal
- 46 Mapa golpe a golpe



**Belleza entrelazada**

- 131 Cestería
- 145 Obrajería
- 159 Sombrero
- 176 Mapa belleza entrelazada



**A flor de piel**

- 183 Marroquinería
- 197 Calzado
- 212 Mapa a flor de piel



**Epílogo**

Agradecimiento a las manos Guanajuatenses





¿Alguna vez te detuviste a pensar qué es lo que nos hace humanos?

Todos los sabios de la historia escribieron sobre ello. Científicos de toda clase y condición teclean hoy en sus computadoras teorías sobre el tema, sin darse cuenta de que tienen la respuesta ante sí. ¿Cuál es esta? Mira este libro que sostienes entre tus manos, porque ahí tienes la solución: fue la capacidad del hombre para construir herramientas cada vez más complejas. La facultad de crear objetos no solo útiles, sino también hermosos. El ser capaces de transformar un trozo de madera, un puñado de barro, una idea, en una obra de arte.

En todas las culturas podemos ver representaciones de manos, siempre relacionadas con la protección y la creación. Las encontramos en pinturas rupestres, sobre antiguas vasijas o recortadas en bronce, como una representación simbólica común a todos los pueblos.

De hecho, fueron las manos las que construyeron lo que ahora llamamos humanidad. Son las que confieren la capacidad de escribir un libro para aprender y después enseñar. Traducen el arte que crea la mente en objetos que admirar. También las que transforman una herramienta en algo que supera la pura utilidad, las que amalgaman el arte y la técnica para hacer de cada una de sus obras un objeto único y excepcional. Manos trabajadoras fueron las que labraron la tierra, manos duras y entregadas las que hoy mantienen el alma y la belleza de nuestro Guanajuato.

Pues somos nosotras, las manos, las que mantenemos las tradiciones, las que conservamos la diversidad propia de nuestros orígenes. Las que unimos pueblos y culturas, las que consolidamos el espíritu de Guanajuato en cada una de las técnicas y materiales que día a día utilizamos. Las que hacemos que la historia continúe.

¿Acaso no fueron manos las que escribieron este libro? Y manos son las que lo abrieron para mostrártelo. Somos las manos las que creamos cultura, que más allá de impartirse en instituciones académicas, será compartida en cada uno de los talleres de nuestros pueblos, en sus calles y en sus montes. Somos las que transmitimos y enseñamos una herencia que no se puede perder, porque es una clara manifestación de nuestro saber más íntimo, el más profundamente arraigado. Reflejo y estima de nuestra gente. Porque nosotras, las manos artesanas, creadoras, imprimimos en cada una de nuestras obras la identidad propia e inequívoca de Guanajuato.





Guanajuato es un estado con una gran riqueza cultural que se manifiesta de muy variadas formas para el disfrute de la gente, siendo la creación artesanal una de sus principales expresiones.

Es precisamente en la creación donde se expresa la identidad, donde converge la tradición y la vanguardia, donde se traduce en materia el valioso legado cultural heredado por nuestros ancestros, donde se transforman los materiales que nos brinda la tierra en obras que traspasan su valor utilitario y nos tocan el alma con su belleza.

Son las manos creadoras las orgullosas protagonistas de la representación del espíritu guanajuatense, las que, con maestría y destreza, persiguen eternamente la perfección.

Te invito a que descubras la grandeza de Guanajuato a través de esta maravillosa obra: un relato contado por nuestras manos artesanas, que expresan día a día y en cada creación, la identidad guanajuatense.

**Diego Sinhue Rodríguez Vallejo**  
Gobernador Constitucional del Estado de Guanajuato





Me llena de orgullo presentar este libro, de la Secretaría de Turismo de Guanajuato, que comparte, de una manera única y creativa, el gran legado cultural y artesanal con el que cuenta nuestro estado. Una manera de conservar la memoria histórica y colectiva de las expresiones artísticas que aquí se realizan, a través de las manos y el talento de las y los artesanos guanajuatenses, manos creadoras de identidad de cada rincón de nuestros municipios.

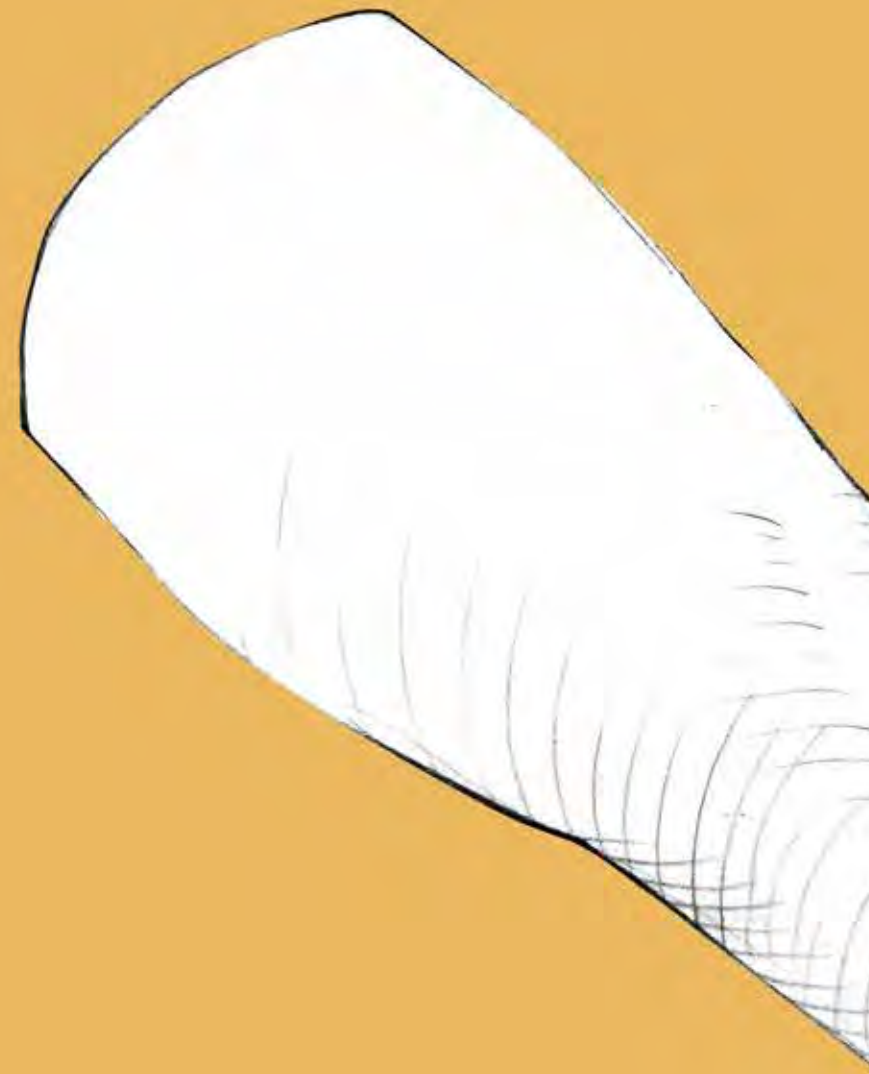
Este proyecto editorial se enfoca a difundir y enaltecer la actividad que gira en torno a las artesanías guanajuatenses. Nos contará sus orígenes y cómo nacieron, la creatividad y los tiempos que en ellas se emplean, los materiales y herramientas que necesitan para ser creadas, los procesos y técnicas que las hacen únicas en nuestro país.

Y quién mejor para narrar estas historias que sus protagonistas, testigos fieles que han perdurado a través de las generaciones: las propias manos de las y los artesanos guanajuatenses.

Te invitamos a vivir este recorrido, a conocer a detalle este trabajo que enorgullece y enriquece la oferta cultural de nuestro destino. Déjate llevar por cada relato, fotografía e ilustración plasmados en estas páginas, a fin de que despierten en ti el deseo de tener contigo alguna de las artesanías, verdaderas piezas de arte, que aquí se elaboran.

Ven a Guanajuato, vive grandes historias.

**Mtro. Juan José Álvarez Brunel**  
Secretario de Turismo del Estado de Guanajuato









Es el árbol fundamento de vida. Hunde sus raíces profundas en la madre Tierra, como nuestra artesanía guanajuatense, para poder elevar sus ramas, cargadas de frutos y sombra, y así dar sus favores a la humanidad. Imagen del crecimiento y renovación de la naturaleza, nacido para entregarnos toda su armonía y su riqueza antes de morir, para que entonces, cumplido ya su ciclo vital, nosotras, las manos artesanas, le demos una vida nueva a su madera. Con nuestro saber, le prestaremos una segunda existencia al palosanto de las sierras, al anciano sabino de las riberas, al duro nogal de los ejidos, al suave colorín. Serán estas maderas de nuestra tierra, embajadoras de las artesanías que cruzarán fronteras para alojarse en casas, museos y palacios.

Son manos creadoras las que guían la herramienta, las que **golpe a golpe** dan nueva vida a la madera. ◀



08

Iniciarán el trabajo tallando los gruesos perfiles con la hachazuela tras haber precortado con la sierra de cinta la parte de madera que se desea trabajar.











Un formón fabricado por el propio artesano, a partir de una lima escofina, comienza a dar forma a la figura imaginada. ◀  
A veces, necesitará la ayuda del mazo para conseguir los volúmenes deseados. ▲



*madera* Manos Guanajuatenses



12

Las manos, ásperas y vividas como la madera que halaga, mostrarán al artesano la figura que ella esconde. Textura rugosa de trabajo y tiempo que, con mimo, se suaviza bajo la paciente caricia de la lija.

La raíz y la rama muestran al maestro la talla que esconden en su interior; nosotras la extraeremos con medidos golpes de hachazuela, de gubias y de mazo, liberándola de la materia que la confina. Aunque otras veces será la imaginación la que determine la figura final, o puede que debamos realizar el encargo de un cliente. Crearemos nuestras obras en relieve, excavadas sobre el plano o dando forma a una figura tridimensional para hacer brotar del leño un nuevo fruto que perdure.

Nuestro trabajo no es mecánico. Son necesarias técnicas para adquirir la magia que nos enseñaron nuestros antepasados, los que fueron maestros antes que nosotras. Contraria a prácticas egoístas, nuestra artesanía es hija del buen hacer y del altruismo de quienes cedieron su conocimiento sin pedir nada a cambio. Una enseñanza transmitida por padres y maestros que supieron compartir cuanto les fue enseñado y lo que ellos mismos aprendieron. Su saber y las cicatrices que dibujan nuestra piel, señalan cuál fue nuestra escuela: marcadas a sangre por el filo de la cuchilla y los colmillos de la sierra.

Mientras trabajamos en sencillos talleres, ajenos al estruendo de las máquinas, acunados por el rítmico sonido del leñoso mazo que moldea su origen vegetal, la madera nos regala su resinosa fragancia. Agradece así nuestro trabajo, enamorado esfuerzo por dar vida a la belleza. Imágenes religiosas en un principio, animales más tarde, también surrealistas formas nacidas de la mera fantasía. A cada una de ellas sabremos dar su personal acabado.

Brillo de la figura acabada. Belleza resplandeciente en su sencillez que muestra las venas antes vivas de su árbol madre. ►





Algunas exhibirán orgullosas las vetas de la madera que las formó, que la cera se encargará de resaltar en toda su belleza. Por el contrario, quizás la imaginería prefiera recibir el primoroso estofado, en el que se cubre de estuco y se colorea la madera pulida para imitar así los ricos brocados de las telas, pues de ahí viene su nombre, de la palabra italiana *stoffa* (que significa tela). Estos acabados, sobrios y tradicionales, conviven hoy con nuestros trabajos de vistosos colores mexicanos; donde rojos, verdes, azules y amarillos se disputan la policromía de las aves y de los caballitos mecedores que llenan de vida nuestra casa.

Porque nuestras creaciones en madera son objeto de devoción, juguetes u ornamento. Lucen su arte y su belleza en los más lujosos apartamentos, en capillas, en catedrales, museos o en colecciones particulares. Símbolo de nuestra cultura mexicana y guanajuatense, nuestra obra en madera destaca por lo original, por su colorido. En su exótica belleza se funden atávicos oficios con la modernidad de los nuevos tiempos. Hemos sido capaces de crear tradición, de elevar el trabajo artesano y acomodarlo al siglo XXI como un nuevo patrimonio cultural para nuestro pueblo.

Cuando comenzaron su obra, a nuestros maestros los llamaron santeros porque hacían santos para las iglesias. Moneos luego, cuando empezaron a tallar y a colorear animales. Ahora que nuestro trabajo es reconocido en el mundo entero, ¿serán llamados artistas? Porque eso es lo que somos: manos artesanas, manos artistas.





Las gubias, con su filo en media caña y el formón, de cuchilla recta, reposan tras el trabajo cubiertos de serrín y las virutas que ellas mismas arrancaron. ▲

Cuando no basta la ruda mano del artesano para golpearlas, habrá de ser el mazo quien procure la fuerza necesaria a las gubias y a las cuchillas. ►





16

La madera renace a manos del artesano. Con esfuerzo, paciencia y amor por su trabajo, irá transformando el leño en un maravilloso caballito.





POR FAVOR







18

Una nueva vida en la madera crea figuras imaginadas, motivos profanos o religiosos coronados por el cálido brillo de la cera.



Naturaleza mexicana en su máxima expresión, de colorido exultante, en brillante relieve o en volumen tridimensional.











Fue la piedra la primera de nuestras herramientas. La tomamos al inicio tal y como nos la ofrecía la naturaleza, moldeada por el continuo discurrir de los ríos. A veces, la forma de las piedras que hallábamos servían para nuestras necesidades: redonda para golpear, plana para servirnos de yunque. Pero pronto supimos dominar su pétrea dureza y aprendimos a tallar la roca para crear con ella bellos objetos cotidianos. Desde hace ya más de seis milenios, a puro golpe, supimos dar forma a molcajetes, tejolotes y metates para triturar con ellos semillas y granos y así dar nacimiento a la cocina mexicana. Nada cambió con el paso de los siglos, pues un diseño perfecto no precisa cambios. Tan solo adoptamos las nuevas tecnologías, el acero, para hacer más sencilla nuestra labor y más precisos nuestros golpes.

Rocas volcánicas brotan del interior de la tierra para que las habilidosas manos del artesano las transformen en utensilio imprescindible de nuestra cocina. ◀



24

El acero trabajará la piedra, proporcionándole formas y texturas que hasta entonces desconocía.





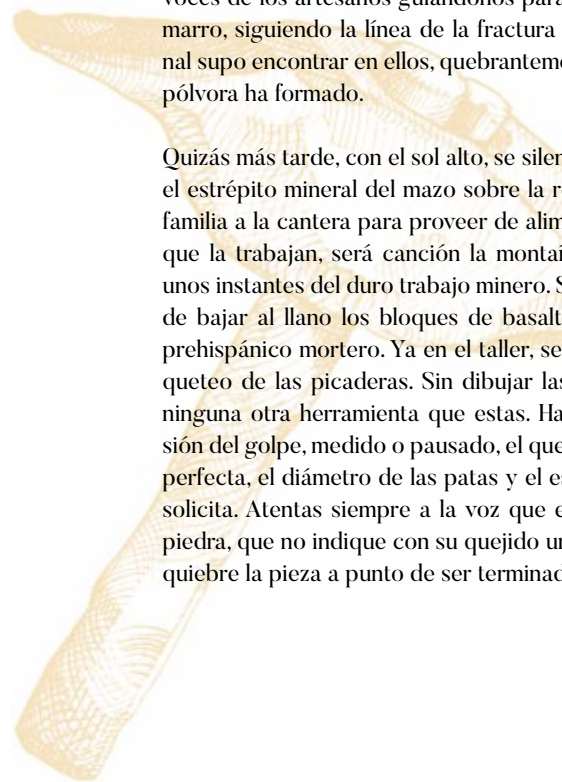




Ahora somos manos mineras, que barrenamos el volcánico basalto para seleccionar la piedra perfecta, solo aquella que tenga la calidad necesaria para servir en la cocina. Más tarde manos trabajadoras, que desde los altos bajarán los bloques de peñas quebradas a las que luego habremos de dar forma. Antes manos de fragua, que forjaron, templaron, y todavía mantienen, el hierro de las picaderas. Luego manos creadoras, que, a golpe de hacer y saber, labraremos el preciado molcajete.

Rompe la calma del cerro la cruel explosión, que a veces arranca nuestros dedos en su furia. Apenas muera su retumbe, comenzará el monótono sonido del fierro. Sonarán las voces de los artesanos guiándonos para que, a pura barra y marro, siguiendo la línea de la fractura que el ojo profesional supo encontrar en ellos, quebrantemos los bloques que la pólvora ha formado.

Quizás más tarde, con el sol alto, se silencie por un momento el estrépito mineral del mazo sobre la roca. Cuando suba la familia a la cantera para proveer de alimento a los artesanos que la trabajan, será canción la montaña y descansaremos unos instantes del duro trabajo minero. Solo un respiro antes de bajar al llano los bloques de basalto que darán vida al prehispánico mortero. Ya en el taller, se torna canto el repiqueteo de las picaderas. Sin dibujar las formas, ni emplear ninguna otra herramienta que estas. Habrá de ser la precisión del golpe, medido o pausado, el que dé la circunferencia perfecta, el diámetro de las patas y el espesor que la piedra solicita. Atentas siempre a la voz que el acero arranca a la piedra, que no indique con su quejido un hilo oculto que nos quiebre la pieza a punto de ser terminada.



El rudo basalto muestra orgulloso su pétrea belleza en las creaciones de nuestros artesanos. ►

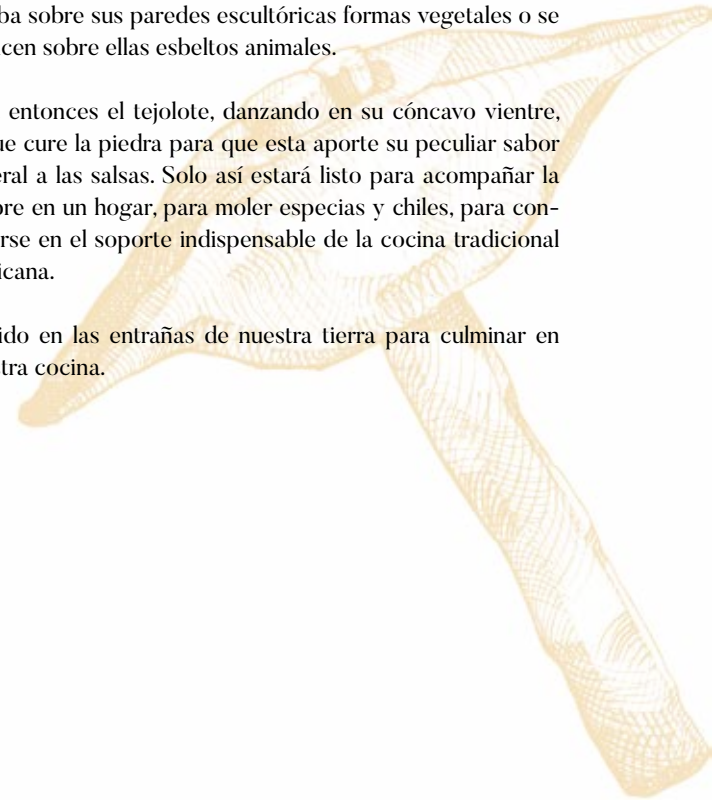




Son los años de práctica los que lo hacen posible. Un saber que nos empapa, pues ya cuando éramos infantiles manos era nuestro juguete preferido una pequeña picadera que nos permitía imitar a los mayores. Así, ahora, habiendo aprendido de nuestros maestros, ayudadas por los pies que nos sujetan el basalto, piquete a piquete forjamos la piedra, la vaciamos y le damos forma. Sacamos las tres patas que lo soportan (siempre tres, que así no nos cojea el pétreo recipiente) para que, una vez acabado, eliminadas sus asperezas e irregularidades, podamos tallar en sus paredes el diseño que lo personaliza, que lo hace único y diferente a cualquier otro. Será entonces cuando el molcajete luzca su tradicional aspecto, en piedra negra, azul o roja; pulida, áspera o minimalista, quizás exhiba sobre sus paredes escultóricas formas vegetales o se deslicen sobre ellas esbeltos animales.

Será entonces el tejolote, danzando en su cóncavo vientre, el que cure la piedra para que esta aporte su peculiar sabor mineral a las salsas. Solo así estará listo para acompañar la lumbre en un hogar, para moler especias y chiles, para convertirse en el soporte indispensable de la cocina tradicional mexicana.

Nacido en las entrañas de nuestra tierra para culminar en nuestra cocina.





El tejolote reposa en el vientre acogedor de la roca, impasible al adorno, forma o color que muestre el molcajete ya terminado.











Podemos construir herramientas para resolver las necesidades cotidianas, ya lo hemos demostrado. Porque a nosotras, las manos, la naturaleza nos concedió la capacidad de crear objetos útiles y de engalanarlos más allá de lo que requerían para cumplir su función. Adornalos por el simple placer de observar su brillo e incluso, otra veces, para disfrutar de su valor estético, con la única utilidad de alimentar el alma, hacer más hermosa la existencia. Fundiremos los metales para mezclarlos y conseguir la aleación perfecta a la que batiremos y le daremos forma hasta transformarla en la pieza imaginada. Continuaremos la tradición de nuestros ancestros, perpetuando sus diseños; adaptados, eso sí, a los tiempos actuales.

El metal se somete al saber del artesano, al golpe preciso que lo modela y lo iguala. Así cobra la belleza de una pieza única e irrepetible. ◀





34

Cientos de buriles, con sus puntas redondeadas o de las más variadas formas, cinceles y punzones de diferentes diámetros esperan para iniciar la forma sobre la lámina de metal.







36

Con la precisión que da la experiencia, la maceta, en manos del maestro, graba los perfiles de la pieza. ◀  
Los dientes de la segueta muerden la lámina para siluetear los diseños ya estampados. ▲

Cada alhaja es única y exclusiva porque jamás existirá otra como ella. Elaboradas por nosotras, las manos del artesano, siempre existirán variaciones entre una creación y la siguiente. Igual trabajamos la plata que la alpaca porque para nosotras no existe distinción entre los metales; solo el precio los diferencia, su hermosura es la misma cuando están bien ejecutados. Nos valdremos de la hojalata y el latón, del cobre o la tumbaga. Todos nos sirven, en lámina o en hilo, para fabricar corazones, aretes, hebillas de cinturón y anillos o alhajeros donde depositarlos, que los guardarán en su corazón de metal pulido (puede que oculto su brillo por el primoroso patinado).

Sencillos y admirables moldes de madera, tallados sobre un recio tocón en diferentes profundidades y tamaños, nos permitirán abombar las láminas necesarias para prestarles el relieve que buscamos. Conseguido este, mientras una de nosotras sujeta firme la lámina de metal, la otra, con el rayador, trazará sobre ella las líneas que delimitarán el contorno de la pieza. Luego haremos cantar el metal mientras grabamos, a golpe de martillo y punzón, las formas que nuestro artesano buscaba desde el inicio. Con precisión quirúrgica se creará el volumen, al sincopado ritmo del martilleo, aplicando buriles que también nosotras mismas hemos fabricado con puntas de diferentes formas y diseños, hasta prestar relieve al espacio antes delimitado que, llegado el momento, recortaremos ayudados por un arco con segueta.

Logrado el contorno buscado, el pesado abombador golpea la lámina para conferirle volumen y entidad. ▶





Damos forma así a las diferentes partes de la artesanía, cada una de las cuales serían merecedoras por sí solas de ser exhibidas, disfrutadas en su complejidad, pero que, una vez ensambladas todas ellas, crean algo que las supera: la obra ya terminada. Cautines y estaño se encargarán de mantenerlas unidas y de dar forma a su diseño. Con los diferentes acabados, pulidos o envejecidos; a veces orgulloso el metal en su soledad, otras como soporte de los distintos elementos decorativos que lo completan: piedra o pintura que, sobre candelabros, dijes, espejos o portarretratos, habrán de revalorizar su función con hermosos y variados acabados.

Se cuentan por años el tiempo que necesitamos para dominar las diferentes técnicas: martillar las placas con la precisión requerida para conseguir que los impactos del martillo les den forma y el aspecto de corazón o de paloma; seleccionar las puntas adecuadas para que el repetitivo golpe de la maceta consiga sobre el metal el diseño ansiado; cortar lo sobrante, limar sus bordes, pulirlo o quemarlo hasta el punto exacto. Habilidades que solo la experiencia concede. Horas de golpeo y de musical repique. Una experiencia que transmitimos de generación en generación para dar forma a los sueños. Diseños de antaño que siguen vivos hoy a golpe de martillo. Manos que perpetúan una artesanía que revive nuestro pasado. Un trabajo del siglo XXI que nos sentimos orgullosos de realizar.





Mecanismos sencillos y artesanales, ayudan a las manos del maestro a plegar las planchas de metal. ▲  
El engaste que recibe la piedra turquesa, se cierra con precisión sobre su contorno obedeciendo la férrea voluntad de las manos. ►







Sobre la llama se calienta la cabeza piramidal del caudín, que transportará el estaño fundido a los puntos que se pretenden soldar.





Herramientas sencillas consiguen extraordinarias texturas y formas sobre el metal. ◀

Un magnífico ejemplo de acabados, donde el maestro artesano combina el plateado brillante de las figuras, con el fondo oscurecido en el que se engasta la piedra. ▲



El pulido dorado del latón contrasta con el patinado mate en esta delicada imagen religiosa. ▲  
Medallones, lazos, hebillas y adornos de cinturón con o sin pedrería. La imaginación del maestro artesano no tiene límites, ni sus manos freno para crearlos. ►









*dena*

Apaseo el Alto



*edra*

Comonfort  
Huanímara  
Pénjamo  
San Felipe

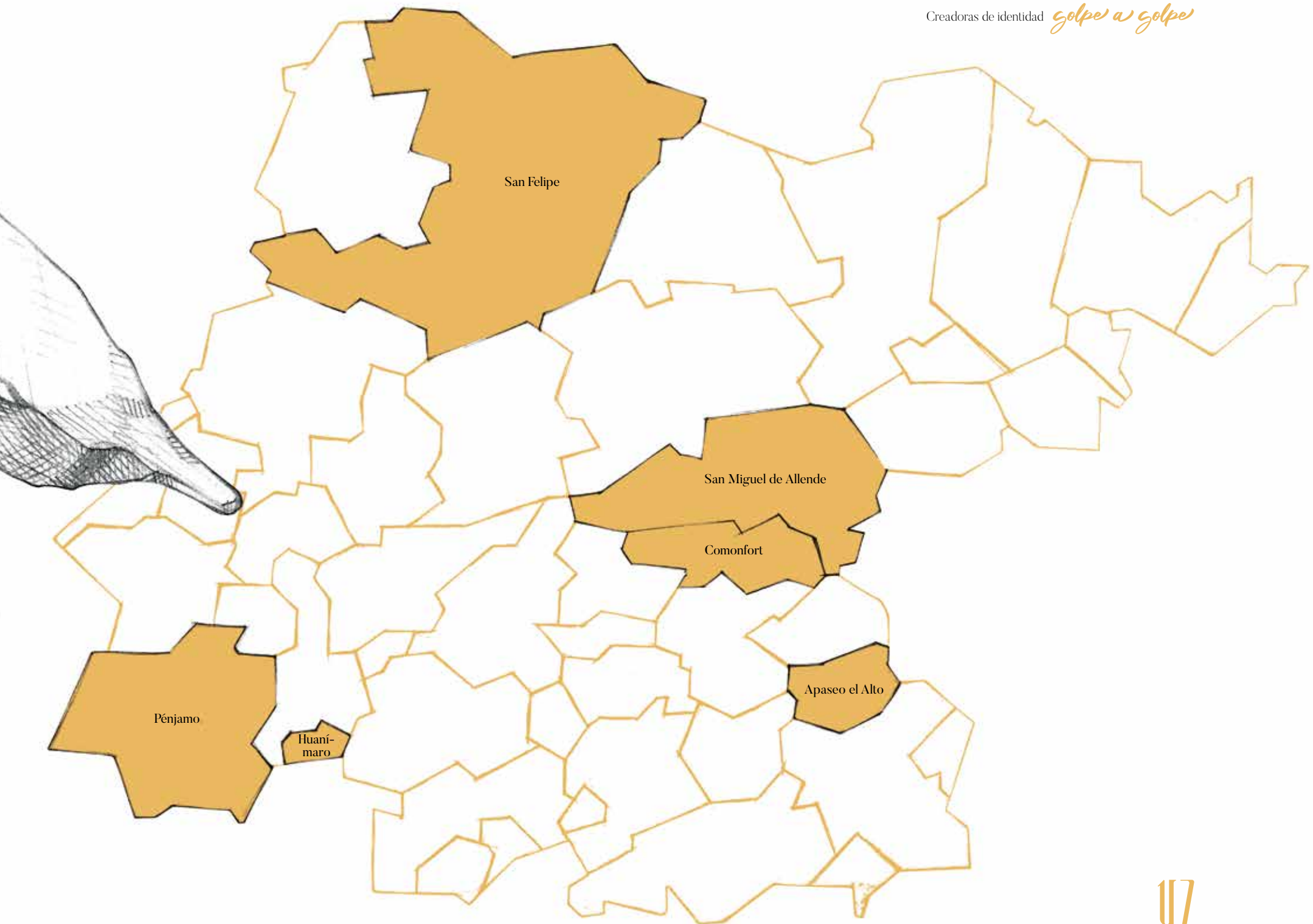
48

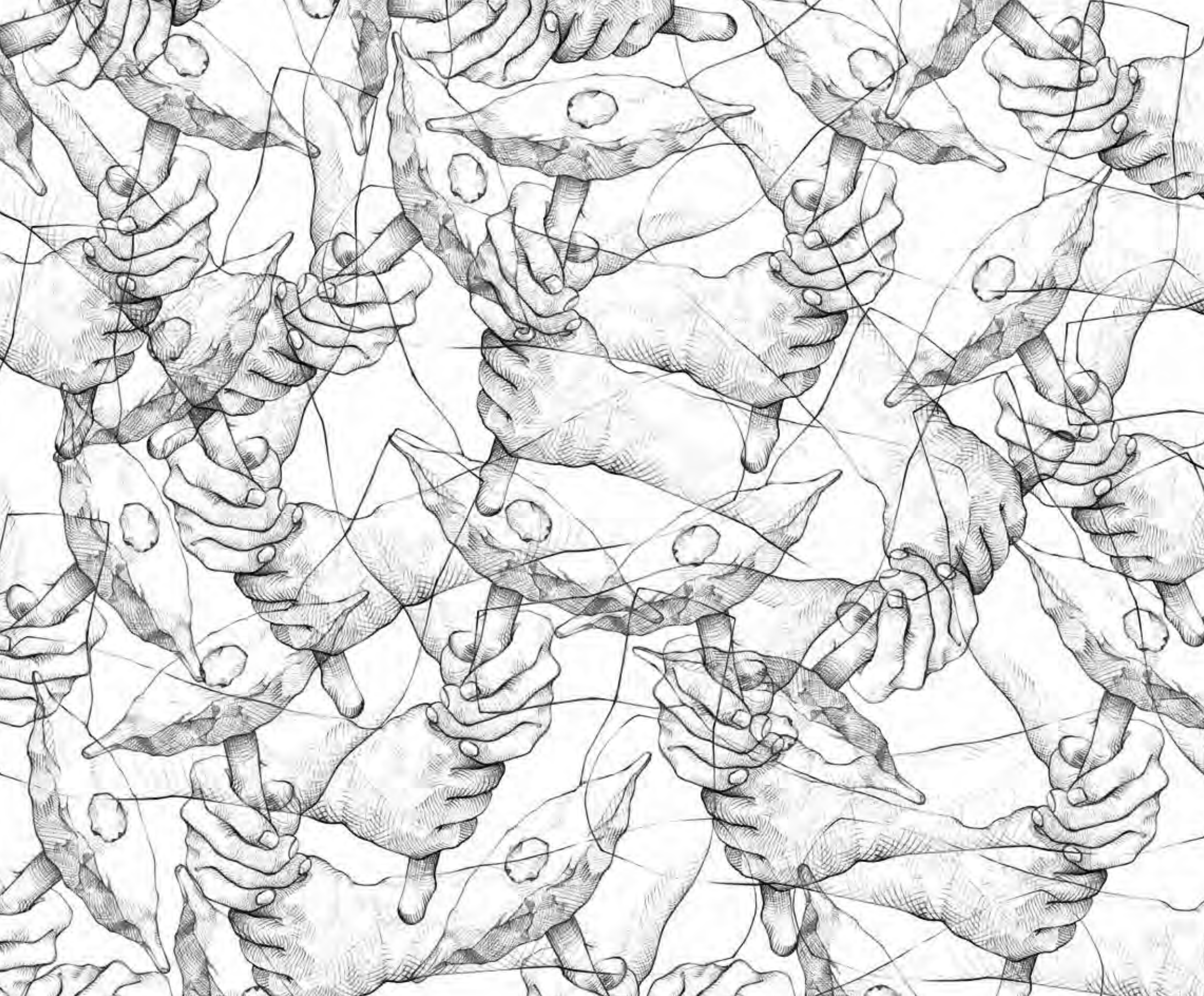


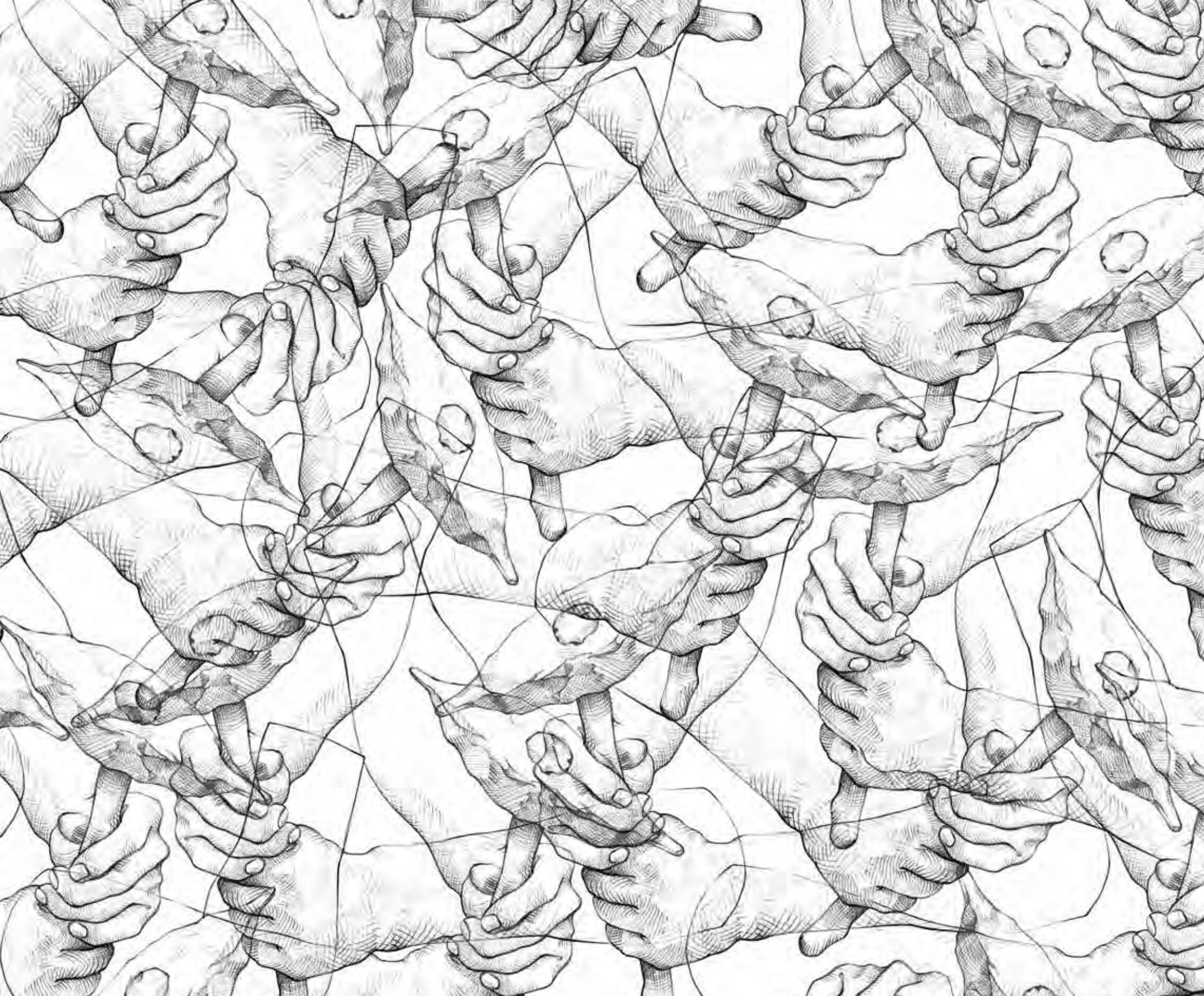
*tal*

San Miguel de Allende











*moldeado a fuego*

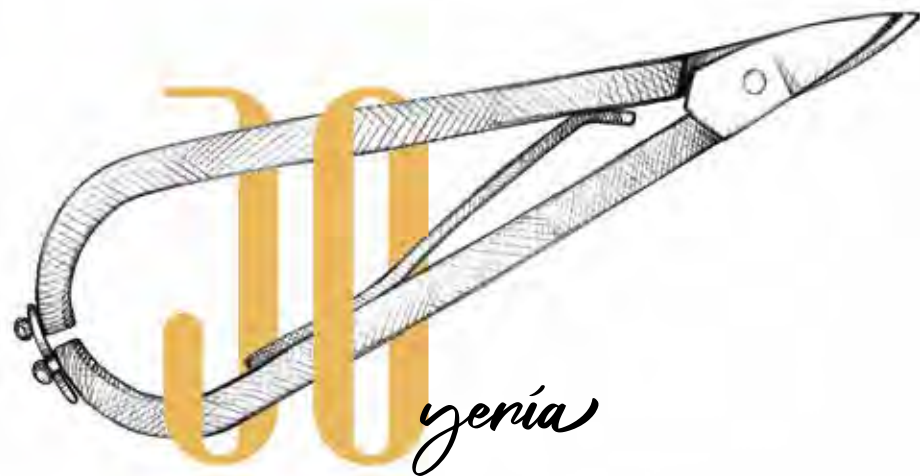








Manos Guanajuatenses *moldeado a fuego*



Somos nosotras las que desde hace más de quinientos años arrancamos de las entrañas de la tierra sus metales preciosos. Manos mineras que socavaron las montañas para desenterrar la plata que escondían, manos que levantaron las primeras casas en barrancos y en bajíos. Tanto fue nuestro esfuerzo, tanta la riqueza extraída, que cuentan que, por allá de 1557, el rey de España envió una hermosísima imagen de la Virgen María al recién bautizado pueblo de Santa Fe de Guanajuato como agradecimiento a tan duro esfuerzo. Fue encargado de traérmola don Pero Afán de Rivera, primer intendente de las minas guanajuatenses; quien, portando su preciosa carga, salió de la capital mediado el mes de agosto camino a Guanajuato.

Metal precioso **moldeado a fuego**. Plata que perpetúa la tradición guanajuatense creando piezas de eterna belleza. ◀



La laminadora transforma los pequeños lingotes de plata en planchas sobre las que recortan las figuras deseadas. ▲  
Los troqueles y cinceles cortarán las formas buscadas. A su lado, el pesado molde de acero muestra los diferentes diámetros sobre los cuales los embutidores conferirán volumen a la lámina. ►







Eran entonces penosos y arduos los caminos de la región, crueles para los recién llegados. Hasta tal punto, que por los alrededores de Yerbabuena se extravió la comitiva. Angustiadados, perdidos en aquellas tierras inhóspitas, los viajeros sacaron la imagen del cofre en el que la transportaban y suplicaron por una señal que los guiara. En milagrosa respuesta, unas palomas los sobrevolaron para conducirlos sanos y salvos a su destino a través de campos cubiertos de pequeñas flores cinco llagas. Son aquellos pajaritos en vuelo y aquellas humildes flores las que hoy dan su particular singularidad a la joyería tradicional guanajuatense, pues solo aquí trabajamos “las joyas de pajaritos”. Desde el siglo XVII hemos montado sobre elaboradas bases barrocas los distintivos de aquel romance. Al inicio en oro y rubíes, hoy en plata, cristal y turquesa; aún sobrevuelan mensajeras palomas las flores y hojas de nuestros montes, todavía desprenden en su vuelo, argénteas gotas que adornan aretes y pulseras, anillos y dijes.

El solemne sonido de las campanas acompaña nuestro trabajo calmo. Se funde con el repique del martillo que empuñamos. El fuego y la precisión de nuestros golpes, medidos o complacientes, habrán de ser los que transformen el frío metal en puro sentimiento siguiendo una técnica tradicional. Transmitida de generación a generación, de los maestros a sus aprendices. Un trabajo que únicamente nosotras, las manos artesanas, somos capaces de realizar para dar a luz joyas únicas, de personalidad propia, con una historia que se remonta en el tiempo, que perpetúa la tradición y el alma de nuestro pueblo minero. Crecida en el corazón de nuestras montañas, la plata espera paciente a que la arranquemos del vientre de la madre tierra. Será luego el ardiente crisol el que funde por primera vez la granalla mineral y el que forme las argénteas barras que son base de nuestra labor.

Pajaritos, coronas, nidos y delicados colgantes esperan al soldador que los una para siempre a la base barroca. ►







Fundida una vez más la plata, en un molde que morirá con el nacimiento de la pieza, dará forma a la base barroca que distingue nuestro trabajo del resto de la platería. Pues la auténtica joyería tradicional guanajuatense debe montar su ramito de pájaros y cinco llagas sobre este particular soporte. A otros lingotes los llevaremos a la laminadora donde, pasada tras pasada, los volveremos placas lo suficientemente delgadas como para poder recortarlas luego a golpe de martillo y troquel. Adquirida la forma, promesa de flor o paloma, empuñaremos el martillo para embutirla sobre la horma de madera, la que adjudicará a la lámina monótona el volumen que le dará vida.

La lima eliminará entonces defectos y asperezas de la forma, cuyos límites unirá con primor el caudín conformando así cada pajarito, procurándoles las alas que los eleven, las cinco llagas que los aniden, las lágrimas que bailen bajo su vuelo. Solo entonces adquirirán valor las horas empleadas. Tomará su forma el diseño imaginado. Solo entonces, satisfechas del trabajo realizado, quizás abandonemos la plata para limpiar el sudor de la frente artesana, dejando a nuestro paso el tizne del pulidor sobre su rostro ilusionado. Conscientes del legado cultural de quienes nos precedieron, transmitimos a las generaciones que llegan una herencia que no podemos dejar perder.



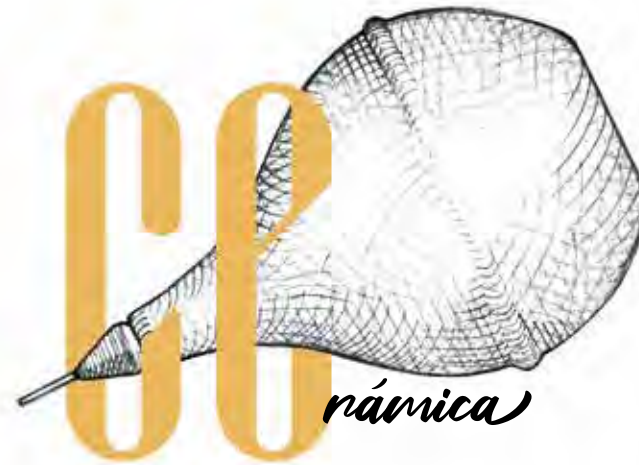
Un bellissimo ejemplo del tradicional dije de pajaritos, complementado con hojas y motivos vegetales que acompañan a la flor cinco llagas. ▲  
No solo plata y piedra componen la platería tradicional en Guanajuato. La creatividad de los artesanos incorpora nuevos elementos, como la cerámica o el bordado. ►











Desde tiempos que no alcanza la memoria, nosotras, las manos artesanas, trabajamos la arcilla en nuestra tierra. Con el tiempo, aprendimos a elaborar la loza fina y a aplicar sobre ella el esmaltado y los colores vivos que caracterizan esta tierra. Vajillas, recipientes, vasos y figuras que muestran el tornasol de la cultura mexicana, el brillo de Guanajuato. Creció nuestro saber imitando a nuestros mayores (pues nadie nace instruido) hasta vernos capaces de crear un estilo propio. El nuestro hoy nos diferencia y nos caracteriza. No nos consideramos manos maestras sino eternas aprendices de esta tierra que nos habla y nos enseña. Creamos artesanía contemporánea inspirada en raíces ancestrales. Una labor que nosotras, las manos artesanas, realizamos en íntima comunión de lo humano y de lo mineral.



64

Las manos creadoras hermanadas con la tierra, hundidas en el barro, manchadas de él, amasando la pasta que dará forma a sus creaciones.











Un baile enamorado, la suave caricia de las manos artesanas y el giro eterno de la arcilla sobre el torno. ◀  
La cuchilla ajusta el espesor y elimina lo sobrante antes de comenzar a decorar el plato. ▲



En serena formación, los moldes reposan el tiempo que la pasta precisa antes de poder ser extraídos. ◀  
Ya secos, con eficaz detenimiento, manos expertas eliminarán las rebabas de sus bordes. ▲

Adaptamos nuestro quehacer al elemento primordial, escuchamos su voz; las ocultas palabras con que la tierra nos revela el diseño que esconden sus formas. Todo nace de la montaña, de donde arrancamos los materiales que, luego de molidos, dejaremos reposar en agua. Hemos aprendido a modelar la pasta resultante y a cocer nuestro trabajo a altas temperaturas (en una o doble cocción), a aplicar el brillo del esmalte; los pigmentos del cobre, el cromo o el hierro, las mejores proporciones del cuarzo y el feldespato para crear los esmaltes más brillantes. Transformamos la tierra, el agua y el óxido mineral en una nueva entidad, objeto inexistente hasta entonces. Inerte, luminoso y vivo a un tiempo. Vasijas, jarrones, platos toman forma con el movimiento eternamente repetitivo del torno, piezas únicas cada una de ellas. Irrepetibles, como las hojas de un árbol; como la naturaleza, de la que ellas y nosotras formamos parte. Nos supimos adaptar a modas y a tendencias pero jamás abandonamos nuestro sentimiento original, pues revivimos en cada giro del torno y en cada pincelada, el arte de nuestros antepasados. Técnicas tradicionales que con el devenir del tiempo supimos adaptar a nuestro siglo.



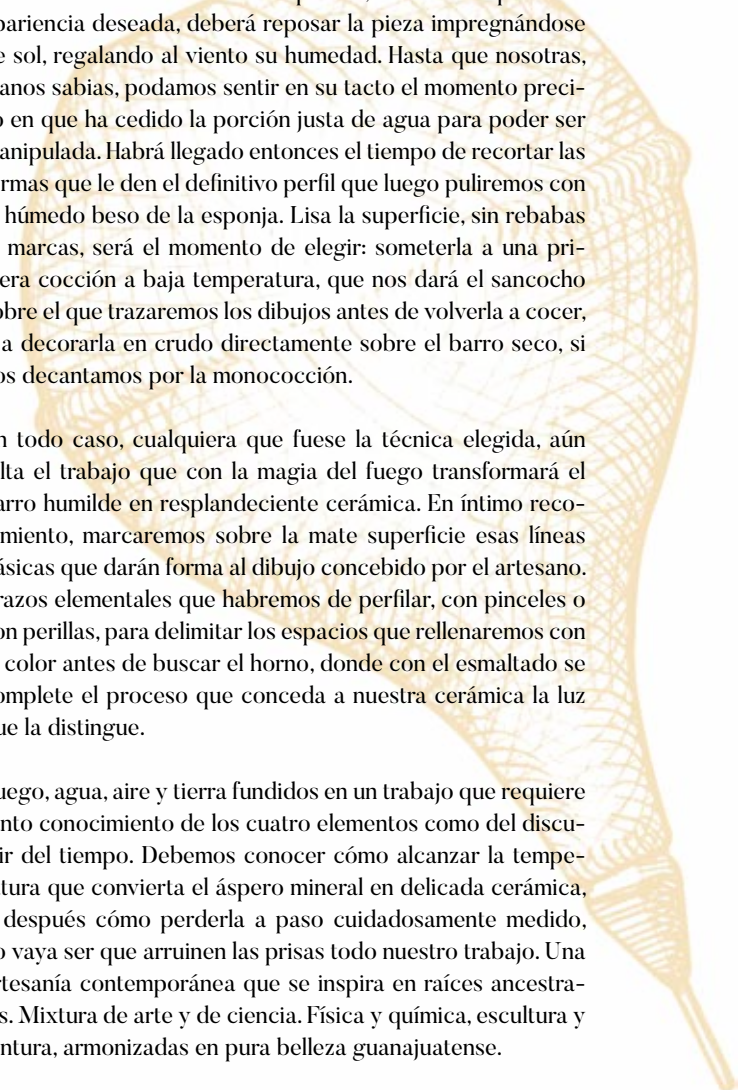
Moldes de entrañas vacías nos muestran sus formas mientras aguardan pacientes una nueva jornada. ▶



Cuando la complejidad de la forma no admite el torno, creamos moldes de yeso en los que verteremos la pasta líquida que, capa tras capa, le prestará el espesor deseado a la pieza. Fuera cual fuera el método empleado, una vez adquirida la apariencia deseada, deberá reposar la pieza impregnándose de sol, regalando al viento su humedad. Hasta que nosotras, manos sabias, podamos sentir en su tacto el momento preciso en que ha cedido la porción justa de agua para poder ser manipulada. Habrá llegado entonces el tiempo de recortar las formas que le den el definitivo perfil que luego puliremos con el húmedo beso de la esponja. Lisa la superficie, sin rebabas ni marcas, será el momento de elegir: someterla a una primera cocción a baja temperatura, que nos dará el sancocho sobre el que trazaremos los dibujos antes de volverla a cocer, o a decorarla en crudo directamente sobre el barro seco, si nos decantamos por la monococción.

En todo caso, cualquiera que fuese la técnica elegida, aún falta el trabajo que con la magia del fuego transformará el barro humilde en resplandeciente cerámica. En íntimo recogimiento, marcaremos sobre la mate superficie esas líneas básicas que darán forma al dibujo concebido por el artesano. Trazos elementales que habremos de perfilar, con pinceles o con perillas, para delimitar los espacios que rellenaremos con el color antes de buscar el horno, donde con el esmaltado se complete el proceso que conceda a nuestra cerámica la luz que la distingue.

Fuego, agua, aire y tierra fundidos en un trabajo que requiere tanto conocimiento de los cuatro elementos como del discorrir del tiempo. Debemos conocer cómo alcanzar la temperatura que convierta el áspero mineral en delicada cerámica, y después cómo perderla a paso cuidadosamente medido, no vaya ser que arruinen las prisas todo nuestro trabajo. Una artesanía contemporánea que se inspira en raíces ancestrales. Mixtura de arte y de ciencia. Física y química, escultura y pintura, armonizadas en pura belleza guanajuatense.





Una vez perdida la suficiente humedad como para poder ser manipuladas las piezas, se separan las partes del molde para extraerlas. ▲  
Ya secas y pulidas, solo falta la decoración para iniciar el viaje al abrasador vientre del horno. ►





72

Manos meticulosas transmitirán a la arcilla la magia del color. Con pinceles de pelo de ardilla o crin de caballo, en función del detalle que exija el diseño.











La perilla perfila los trazos que más tarde se rellenarán con los colores elegidos. ◀  
La complicitad del fuego dará al esmalte su esplendor final. El antes y el después de una obra de arte. ▶



Creatoras de identidad *moldeado a fuego*



También crean acabados más tradicionales en mayólica, con formas y colores que aúnan en un mismo objeto belleza y utilidad.











Desde que el ser humano dejó la vida nómada, quizás en el remoto Chupícuaro, incluso puede que antes, pretendimos reproducir en arcilla las formas que la naturaleza nos mostraba. Amasamos la tierra y el agua para dar forma a la más primaria de las artesanías, modelamos la pella de barro, le dimos espacio a su interior, creamos las primeras piezas cerámicas de nuestra tierra (aún antes de saber que se creaba cultura). Con aquella técnica primitiva construimos cuencos y ollas que mejoramos con la técnica del rollo (colombín la llaman algunos); cuando con palmas y con dedos estiramos la arcilla para darle forma de esbeltos cilindros que luego pegamos entre sí para conseguir los volúmenes pretendidos.

Sobre el torno, en su eterno girar, el barro va tomando forma bajo la caricia de las manos artesanas. ◀





La cuchilla, el sacabocados, los estiques de madera, el vaciador, rodeados por alisadores de diferentes formas y la metálica escuadra, son herramientas creadas por las mismas manos que dan forma y vida a la arcilla.







*alfarería* Manos Guanajuatenses



84

Son las manos el instrumento principal, son presión y halago al mismo tiempo, que se ayudan de los diferentes estiques, de filo recto o dentado, puntiagudos o redondeados, para conseguir los detalles más delicados.

Desarrollamos nuestras habilidades con tierra roja, negra o amarilla y, a veces, con el blanco caolín. Aprendimos a extender la maleable arcilla y a golpearla, como si de tortilla se tratara, hasta formar con ella una placa delgada que, recostada sobre la piedra cóncava, recortamos con hilo o cuchillo a la medida pretendida. Esta misma técnica nos llevó al primer moldeado, empleando moldes que generosa nuestra tierra nos brindaba: cantos que nuestros ríos rodaron hasta poder ofrecer las formas que necesitábamos para nuestros cuencos. Finalmente, llegado del otro confín del mundo, nos presentaron el torno. La máquina que revolucionó nuestra artesanía, la que nos permitió alcanzar la excelencia en Guanajuato.

Nos hicimos manos alfareras. Los árabes nos prestaron el nombre, pero fuimos nosotras, las manos nativas, las que elevamos el barro a arte. Construimos los hornos que, alimentados con leña, transformaron la arcilla. Con el barro cocido (negro, rojo o blanco) dimos forma a objetos cotidianos como vasijas, platos y tazas. También le dimos forma a lo que veíamos, fueran animales o personas, imágenes religiosas o artísticas, máscaras y piezas de arte. Aunque si bien es cierto que desde que el ser humano pisó tierra guanajuatense, comenzaron sus manos el trabajo de la arcilla, hubo de ser el Padre de la Patria, don Miguel Hidalgo, quien lo volviera oficio y arte en nuestra tierra. Cientos de talleres brotaron de sus enseñanzas. Barrios enteros aprendieron los secretos del torno alfarero de los mejores profesionales que jamás existieron.

Una sola materia, tierra pura. Árido polvo mezcla de arcillas en su comienzo, pasta dócil y maleable una vez hidratada. ►





Extrajimos la arcilla de nuestros montes, limpiamos sus impurezas y creamos con ella. Con el torno la modelamos, y la adornamos con herramientas que nosotras mismas hemos fabricado: estiques (sencillos palillos de anchuras diferentes), vaciadores (con sus filos de madera o de metal, rectos, curvos o dentados), sacabocados, navajas e hilo. Instrumentos tan naturales como la materia que cortan, trazan y rascan. Tierra, agua y fuego, los tres elementos que precisamos en la alfarería. Cada uno en su justa medida; exacta, precisa, como nosotras lo somos para darle forma y resistencia. Aprendimos hundidas en la pasta que trabajamos, teñidas de ella, acunadas por el rítmico ronroneo del torno.

Con la cocción, nuestras obras adquirirán la funcionalidad y la belleza que buscamos; diferentes cada una en su forma y en su color, con la impronta personal del artesano que las creó. Siguiendo el camino que nuestros ancestros marcaron, buscamos trazar el nuestro. Cada uno el suyo pero todos juntos en una misma dirección, en un aprendizaje continuo. Aún en pleno siglo XXI, seguimos trabajando con las técnicas más tradicionales para traspasar fronteras y poner en valor nuestra cultura e historia. Hemos de ser nosotras, las manos alfareras, las que difundamos los conocimientos que otras manos nos enseñaron. Las que cambiemos la visión de nuestro oficio más allá de nuestros talleres y mostremos al mundo la maravilla que es la alfarería de Guanajuato.



Paso a paso, paciencia y bien hacer transforman lo que era sólido en espacio y forma. ▲  
Belleza pura que solo espera al fuego para que le preste una solidez que añora. ►







Tierra mate, negro brillante, barro cocido. Sencillez y texturas, líneas puras que identifican los cuencos, ollas y jarrones. ◀  
Alfarería artesana guanajuatense, arte mineral. ▶









Guanajuato

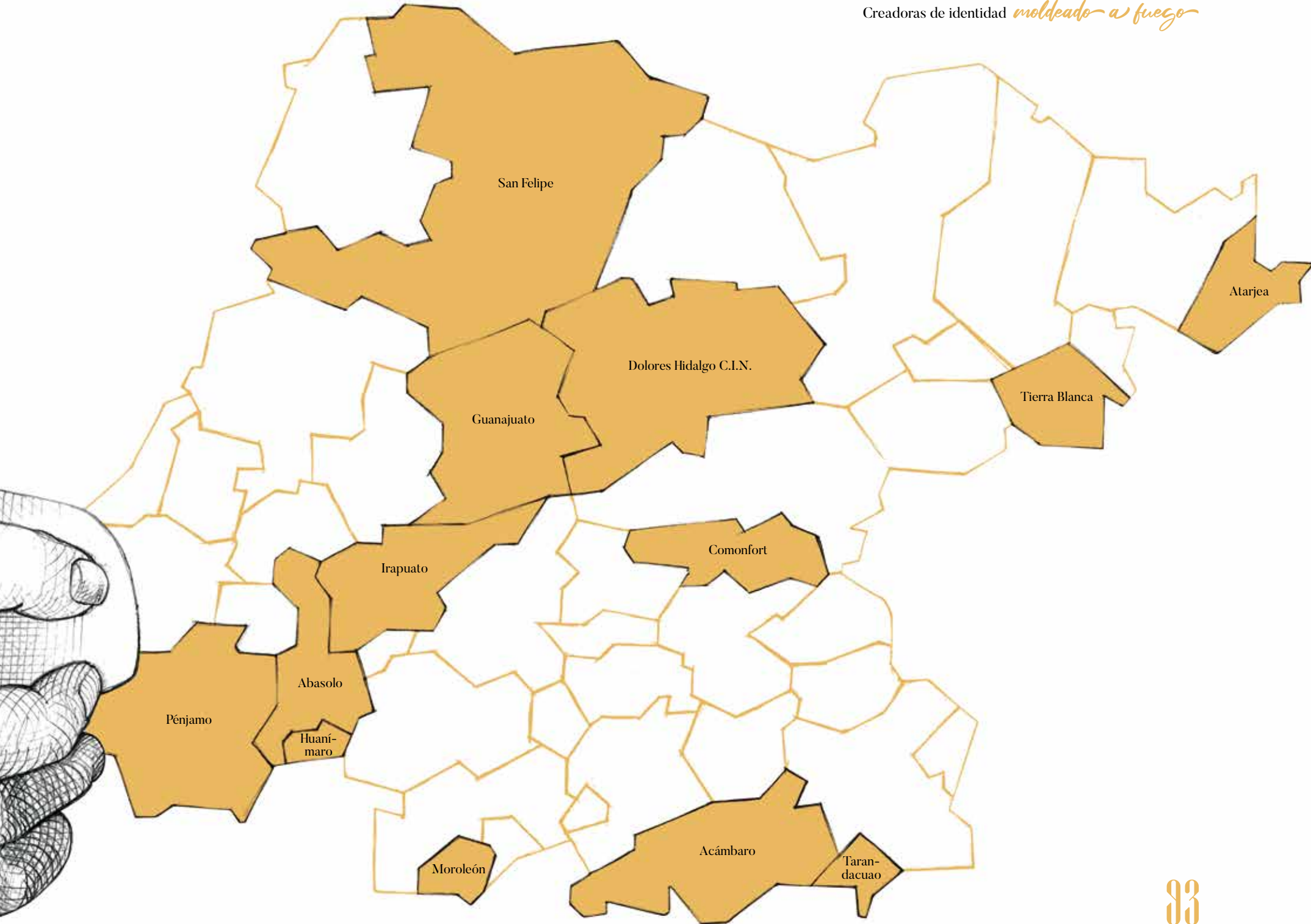


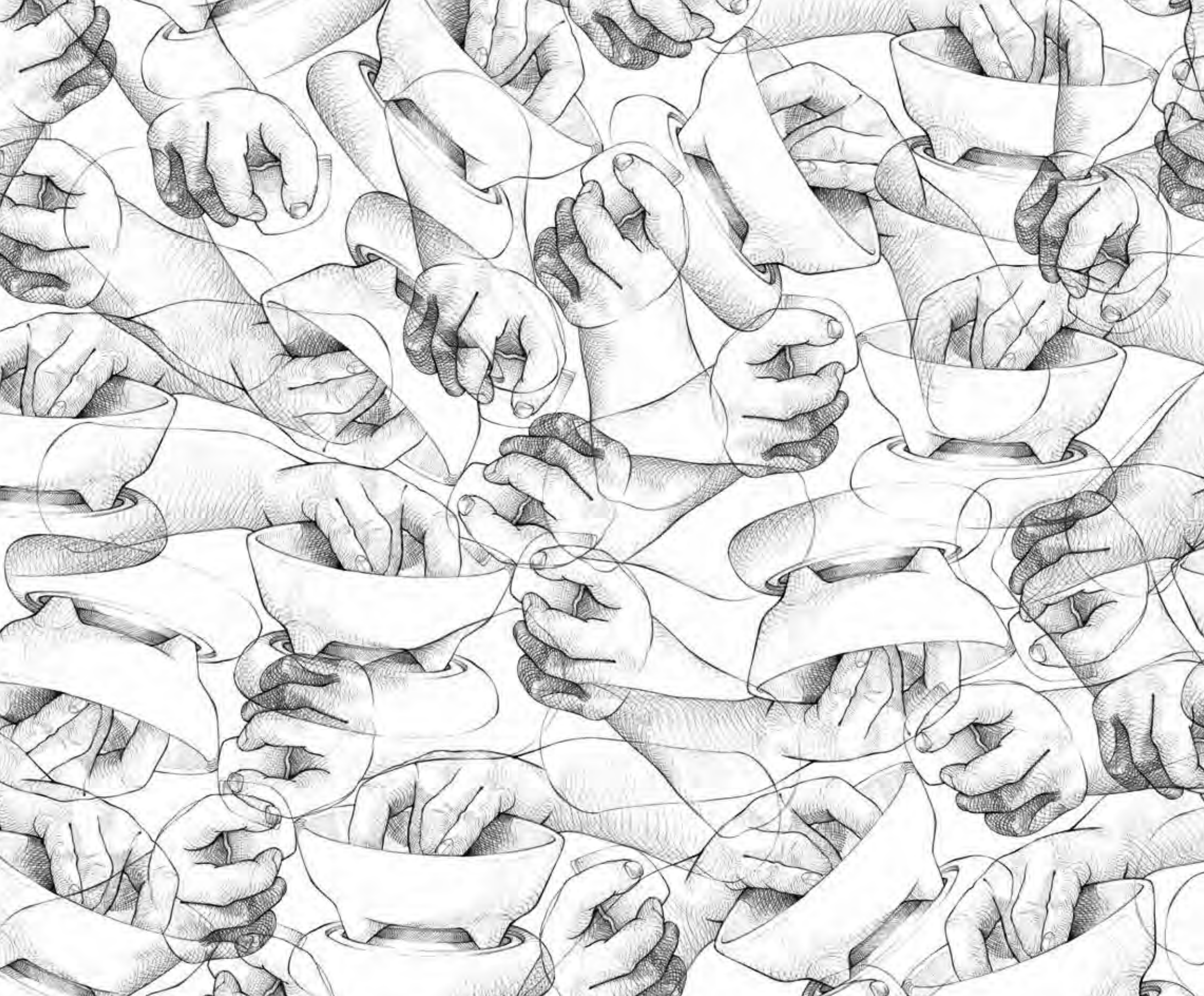
Dolores Hidalgo C.I.N.  
Guanajuato  
Tarandacua

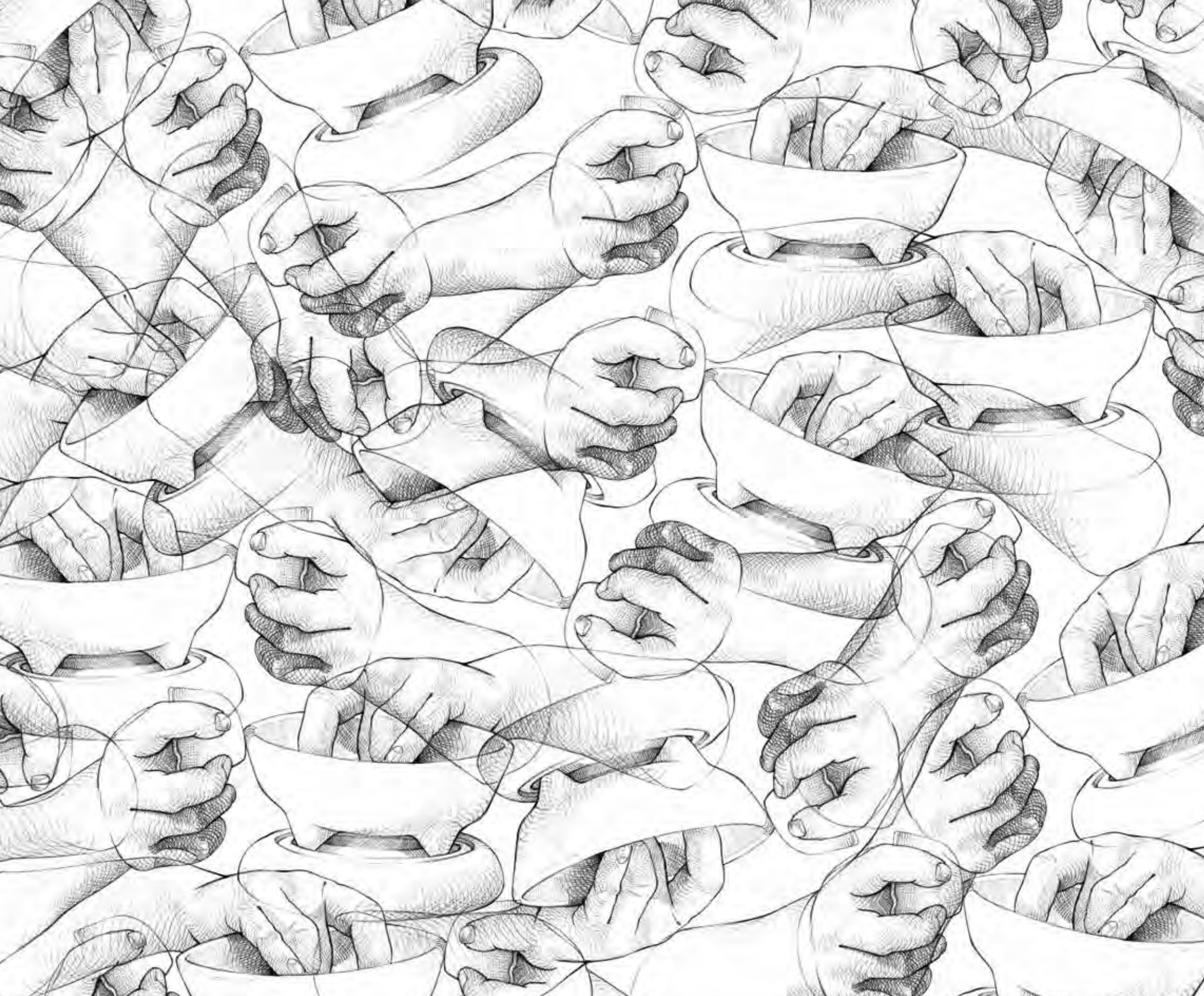


Abasolo  
Acámbaro  
Atarjea  
Comonfort  
Guanajuato  
Huanímaro  
Irapuato  
Moroleón  
Pénjamo  
San Felipe  
Tierra Blanca







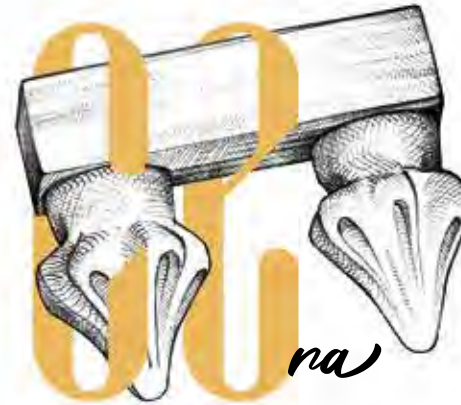










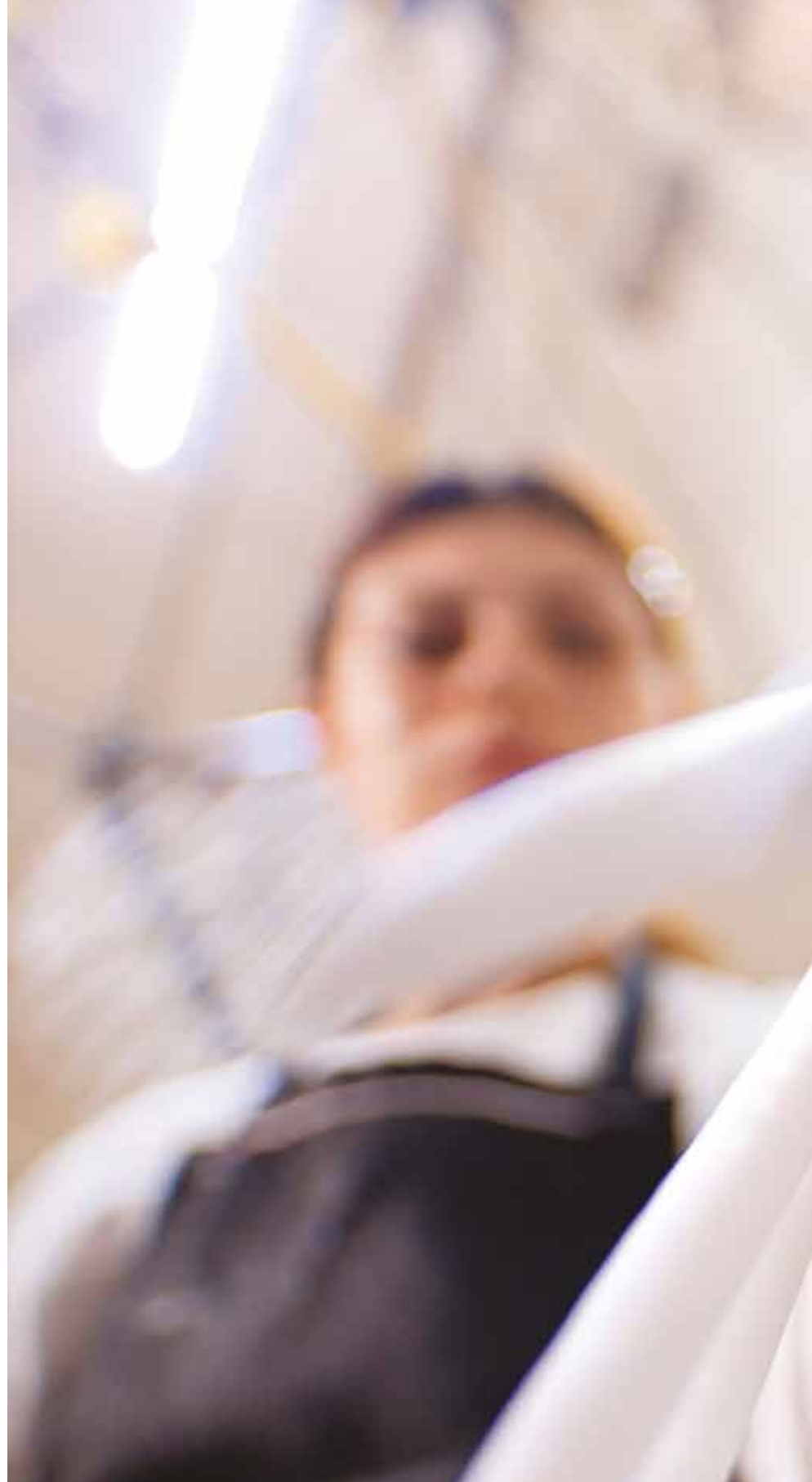


Somos manos obreras, como las abejas que nos ceden su cera. Desde finales del siglo XIX, cuando con motivo de las fiestas patronales del Señor del Hospital de Salamanca, los padres agustinos decidieron traer el estilo que recién habían comenzado a emplear las cofradías andaluzas para adornar las procesiones de Semana Santa, pues hasta entonces eran simples las velas que se ofrecían a los santos. Fue a partir de 1874 que comenzamos a trabajar sobre ellas y las hicimos lucir como nunca se había hecho. Así nació la cera escamada, para engalanar las celebraciones religiosas. Desde entonces, generación tras generación, la trabajamos en Guanajuato en familia, como todas las tradiciones, en un taller caldeado por los fuegos que calientan la cera y la mantienen líquida.



100

Colgados los pábilos de sus soportes, se sumergirán en la cera líquida que los transformará en vela. Más gruesa en cada inmersión, capa a capa, hasta alcanzar el grosor deseado.









Diferentes moldes de madera o barro que prestarán sus formas cuando el artesano los sumerja en la olla con la cera derretida. ◀  
El caldero muestra orgulloso la vestidura multicolor que le han regalado mil trabajos. ▲



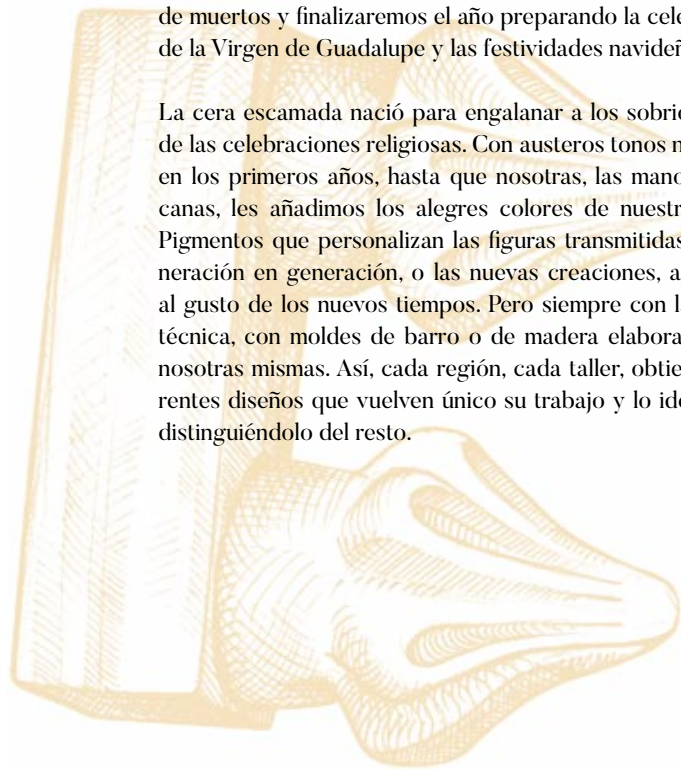
104

Para conseguir la delicada flor de cera escamada, se sumerge el molde en la cera líquida para que lo cubra y tome su forma. ◀

Cera fundida a su justa temperatura, agua que la refresque y desprenda del molde sin volverla quebradiza por el frío extremo. Saber del maestro cerero. ▲

Arrulladas por el gorjeo de las palomas y el bisbiseo de conversaciones amables y contenidas, trabajamos los elementos que darán forma a nuestra obra. El vegetal algodón que constituirá la hilaza, el pábilo de nuestras velas creadas con la cera producida por laboriosas abejas; la misma a la que daremos forma con moldes de arcilla mineral. Los tres reinos de la naturaleza aunados en una artesanía en la que ajustamos nuestro trabajo con el transcurrir del tiempo, pues son las efemérides del calendario las que marcan nuestro trabajo: la Pascua al inicio del año, para continuar luego con las velas de Semana Santa. Después trabajaremos las velas tradicionales, los pedidos pendientes, los ornamentos que se lucirán en eventos sociales y esponsales. Con el verano llegará el momento de comenzar a fabricar los ornamentos para los altares de muertos y finalizaremos el año preparando la celebración de la Virgen de Guadalupe y las festividades navideñas.

La cera escamada nació para engalanar a los sobrios cirios de las celebraciones religiosas. Con austeros tonos naturales en los primeros años, hasta que nosotras, las manos mexicanas, les añadimos los alegres colores de nuestra tierra. Pigmentos que personalizan las figuras transmitidas de generación en generación, o las nuevas creaciones, ajustadas al gusto de los nuevos tiempos. Pero siempre con la misma técnica, con moldes de barro o de madera elaborados por nosotras mismas. Así, cada región, cada taller, obtiene diferentes diseños que vuelven único su trabajo y lo identifican distinguiéndolo del resto.



En ocasiones, es la mano la que sumerge el pábilo en la cera. Dependerá del artesano que acabe como esbelta vela, vestida de escamas o rechoncha veladora. ▶







Para que un nuevo centro pueda lucir sobre la mesa, para iluminar el altar de nuestra patrona, primero tenemos que recoger la cera de los panales. Limpiarla, fundirla y extenderla luego al sol para blanquearla antes de hacer los bloques que nos servirán de materia prima para nuestro trabajo. Será en la cerería donde la colorearemos para sumergir en ella los pabilos ya trenzados o verterla sobre ellos, una y otra vez, con la uniformidad que nos confiere la práctica, hasta que capa a capa consigamos el grosor preciso que buscamos. También habremos amasado el barro antes, dándole la forma de flor u hoja para más tarde cocerlo y componer los moldes a los que se abrazará la cera fundida. Así crearemos cada una de las formas, flores y hojas, que luego con el cautín iremos soldando al trenzado de carrizo o al alambre que soporta la decoración de la vela central.

Nuestras creaciones han cruzado tierras y océanos. La cera escamada mexicana ha iluminado el Vaticano, corazón de la cristiandad que dio origen a nuestro trabajo. Nuestras custodias y barandales son reconocidos a nivel internacional, porque amamos esta tradición nacida de dos mundos. Nunca abandonaremos nuestras flores de cera, nuestra cera escamada, la tradición heredada de nuestros ancestros. La artesanía que nosotras mantenemos.





Se necesita precisión y elegancia para unir cada una de las escamas de cera sobre el arco que las exhibirá en la custodia. ▲  
Terminada la composición, la meticulosa soldadura de cada una de sus hojas nos muestra en toda su perfección la majestuosa ermita de cera escamada. ►







No solo hermosas velas de delicados colores crean la artesanía de la cera, también imágenes de extraordinaria belleza. ◀  
Cada una de las piezas es pintada a mano con trazos precisos hechos por las delicadas manos de las artesanas. ▲



110

Una bella custodia de promesa engalana el cirio central. ◀  
Las humildes velas de centro se tornan coquetas al vestirse con sus es-  
camas de cera. ▲



La artesanía de la cera escamada se distingue por sus barrocas creaciones.













También construimos sueños. Concedemos vida a la imaginación, damos forma a cualquier imagen o idea que nuestro artista haya podido idear. Solo necesitaremos unos trozos de papel y una buena cantidad de harina de trigo. Con tan primarios elementos, nosotras, las artesanas manos guanajuatenses, somos capaces de crear algo bello y alegrar el alma. Exquisito arte popular, objetos cuya única utilidad es adornar la vida cotidiana y acompañar festividades cargadas de tradición. Tira a tira, pincelada a pincelada, iremos dando forma a los diseños de animales y plantas que el maestro artesano tomó de la naturaleza: festivas piñatas, altares de muertos, oníricos alebrijes, máscaras, nacimientos o judas condenados al fuego.

Manos que transforman frágiles hojas de papel en sueños coloreados donde la imaginación se vuelve realidad. ◀



116

El esqueleto de alambre insinúa las formas de una creación apenas percibida. ▲  
Siempre existe un antes y un después. Las figuras cobran vida una vez cubiertas por engrudo, papel y pintura. ►







118

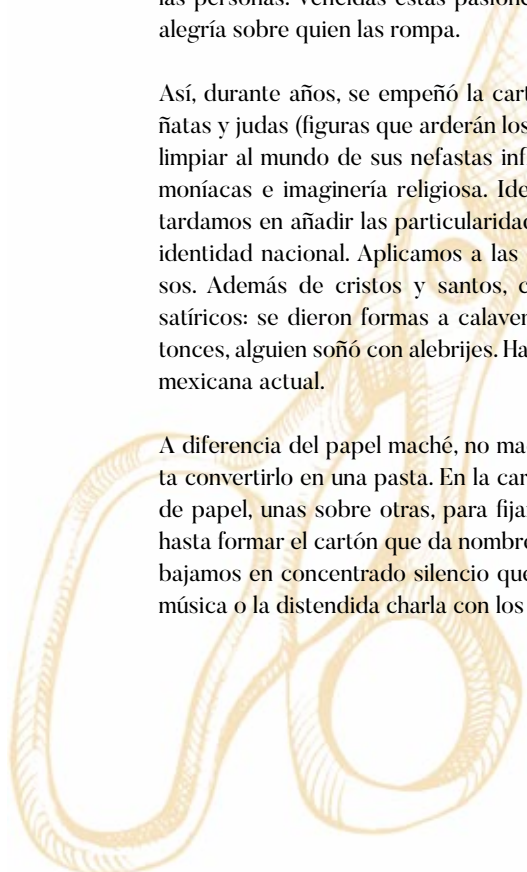
Toma espacio el volumen, se levanta lentamente ayudado por las manos del maestro cartonero. ◀

El artesano sostiene ante sí la máscara a la que antes ha dado forma sobre el molde de masilla de modelaje. ▶

La cartonería mexicana tiene un origen mestizo. Las culturas prehispánicas ya creaban con hojas de maíz, la médula de su caña, amaranto y harina, figuras que adornaban sus festividades señaladas. Con la llegada de los misioneros, arribaron también nuevas técnicas y costumbres, aplicaron los métodos europeos del papel y el engrudo a la enseñanza de la religión. Un sencillo y colorido modo de evangelización. Así nacieron las piñatas, figuras de siete picos (en representación de los pecados capitales) que han de ser quebradas con los ojos tapados, pues afirmaban que el pecado ciega a las personas. Vencidas estas pasiones, derramarán dulces y alegría sobre quien las rompa.

Así, durante años, se empeñó la cartonería en construir piñatas y judas (figuras que arderán los sábados de gloria para limpiar al mundo de sus nefastas influencias), máscaras demoníacas e imaginaria religiosa. Ideario foráneo al que no tardamos en añadir las particularidades que marcan nuestra identidad nacional. Aplicamos a las figuras colores luminosos. Además de cristos y santos, compusimos personajes satíricos: se dieron formas a calaveras y bodegones. Y entonces, alguien soñó con alebrijes. Había nacido la cartonería mexicana actual.

A diferencia del papel maché, no machacamos el papel hasta convertirlo en una pasta. En la cartonería colocamos tiras de papel, unas sobre otras, para fijarlas luego con engrudo hasta formar el cartón que da nombre a nuestra técnica. Trabajamos en concentrado silencio que solo rompe a veces la música o la distendida charla con los compañeros.





Para las figuras con más detalle podemos modelar primero un prototipo, de barro, yeso o masilla de modelaje, al que pondremos una fina capa de manteca vegetal antes de comenzar a colocar en seco nuestro papel para aplicarle luego el engrudo. En otros casos montamos sobre aire, sin molde que nos preste la forma que pretendemos. Pero no podemos olvidar que el papel húmedo de engrudo es blando, no se puede sostener por sí solo. Para darle forma, tendremos que montar la figura de papel sobre un esqueleto que lo sustente; sea de alambre, de madera o tubos de cartón. Sobre él iremos pegando las bolitas de papel que necesitamos para conferirle volumen. Solo entonces podremos comenzar a aplicar las tiras bañadas de engrudo.

Endurecido el cartonaje, podremos aplicar la imprimación sobre la que extenderemos los colores. De este modo, cada pieza (con molde o sin él) tendrá una personalidad propia. Será distinguible de cualquier otra, quedando asociada de una manera indisoluble a las manos que la crearon.

Los maestros cartoneros nos instruyeron sobre los modos de manejar engrudo y pincel y nosotras se los mostraremos a las generaciones que han de venir. Les enseñaremos a superar los retos. Les mostraremos un oficio que solo nosotras podemos realizar, pues como decía un maestro cartonero: "el arte popular no se puede hacer en serie, se ha de hacer en serio". Porque esto es la cartonería, una hermosa forma de ganarse la vida.



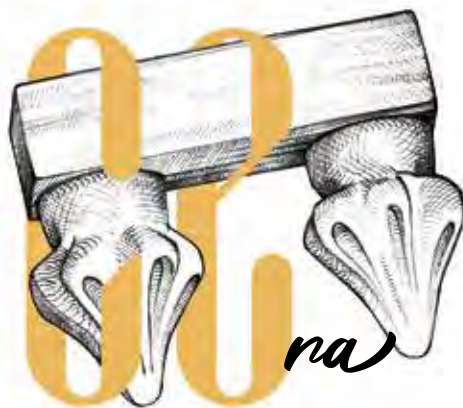
El arte popular de la cartonería también se acuerda de los pequeños de la casa. Buen ejemplo de ello son los juguetes que se realizan, como esta colorida marioneta de un caballito sonriente. ▲  
Ilusión forjada en cartón. Como la de este Judas, que pretende ser persona para ver si se salva de la quema. Arte, color y fantasía guanajuatense. ►



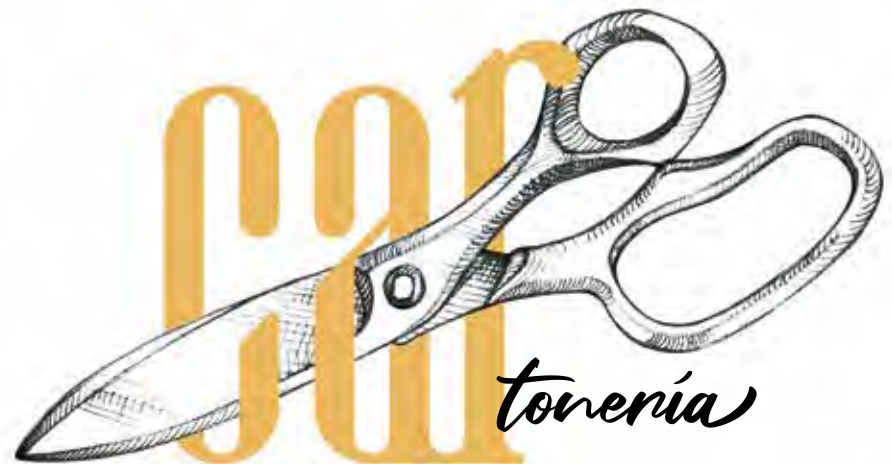




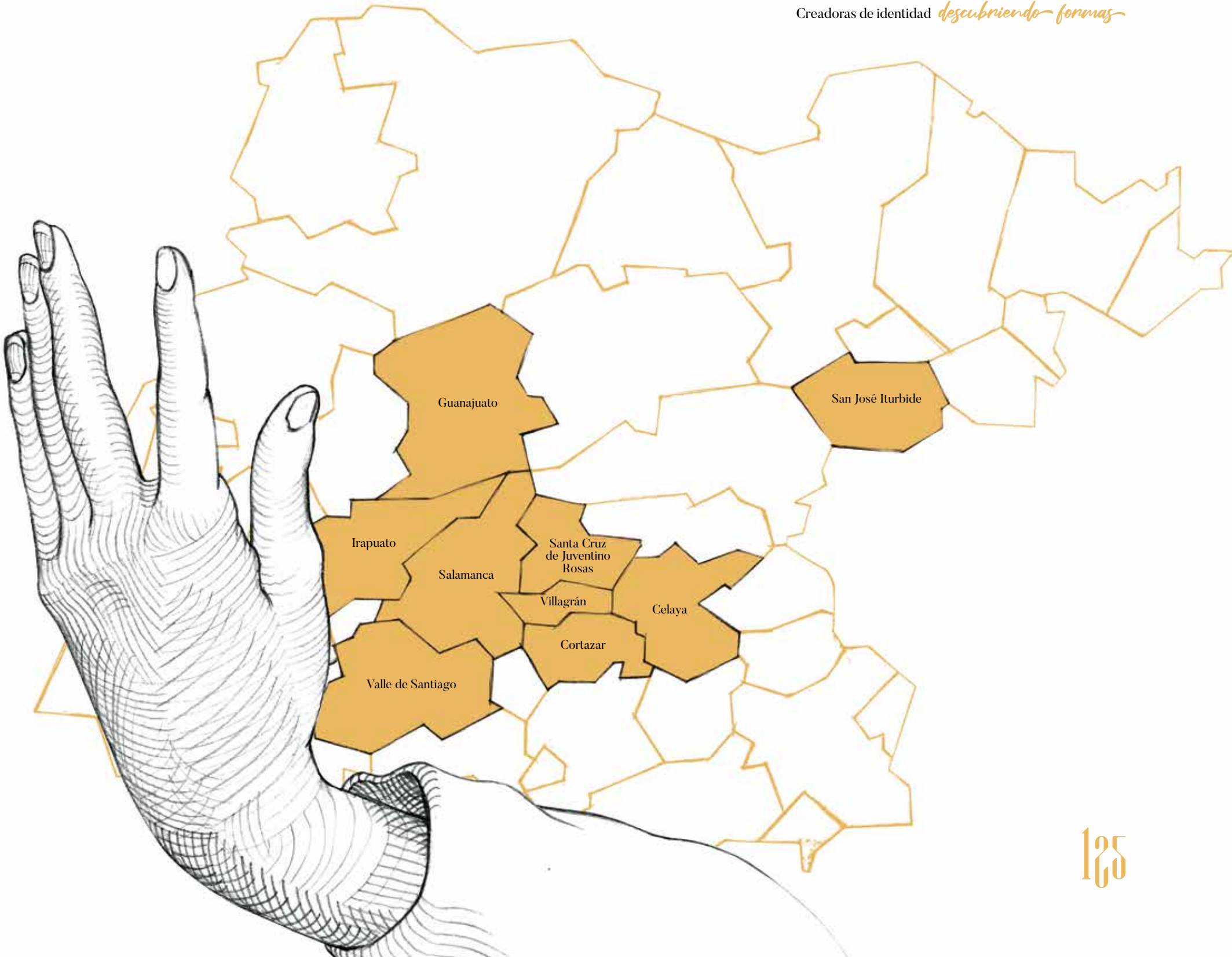


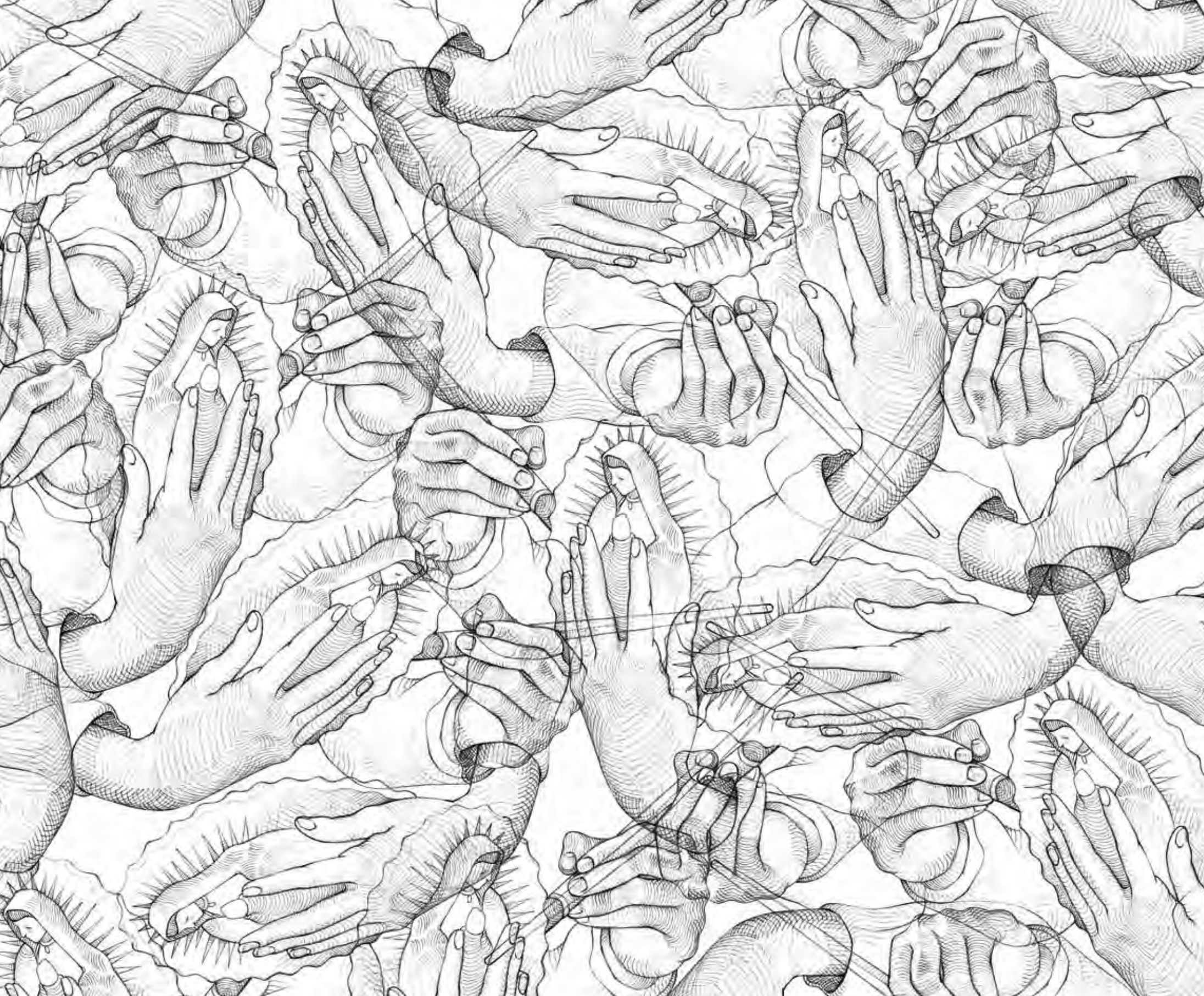


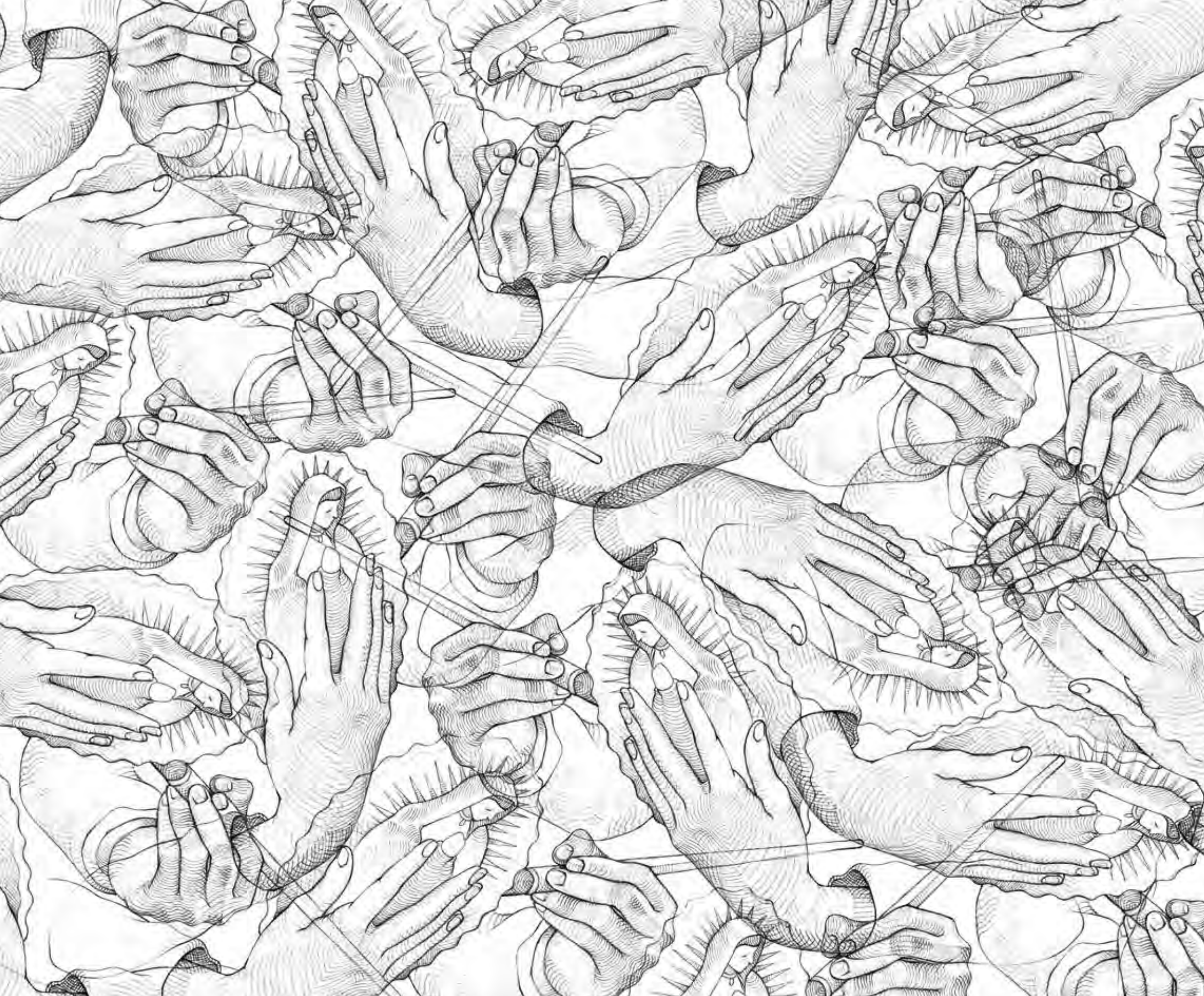
Cortazar  
Irapuato  
Salamanca  
Santa Cruz de Juventino Rosas  
Valle de Santiago  
Villagrán

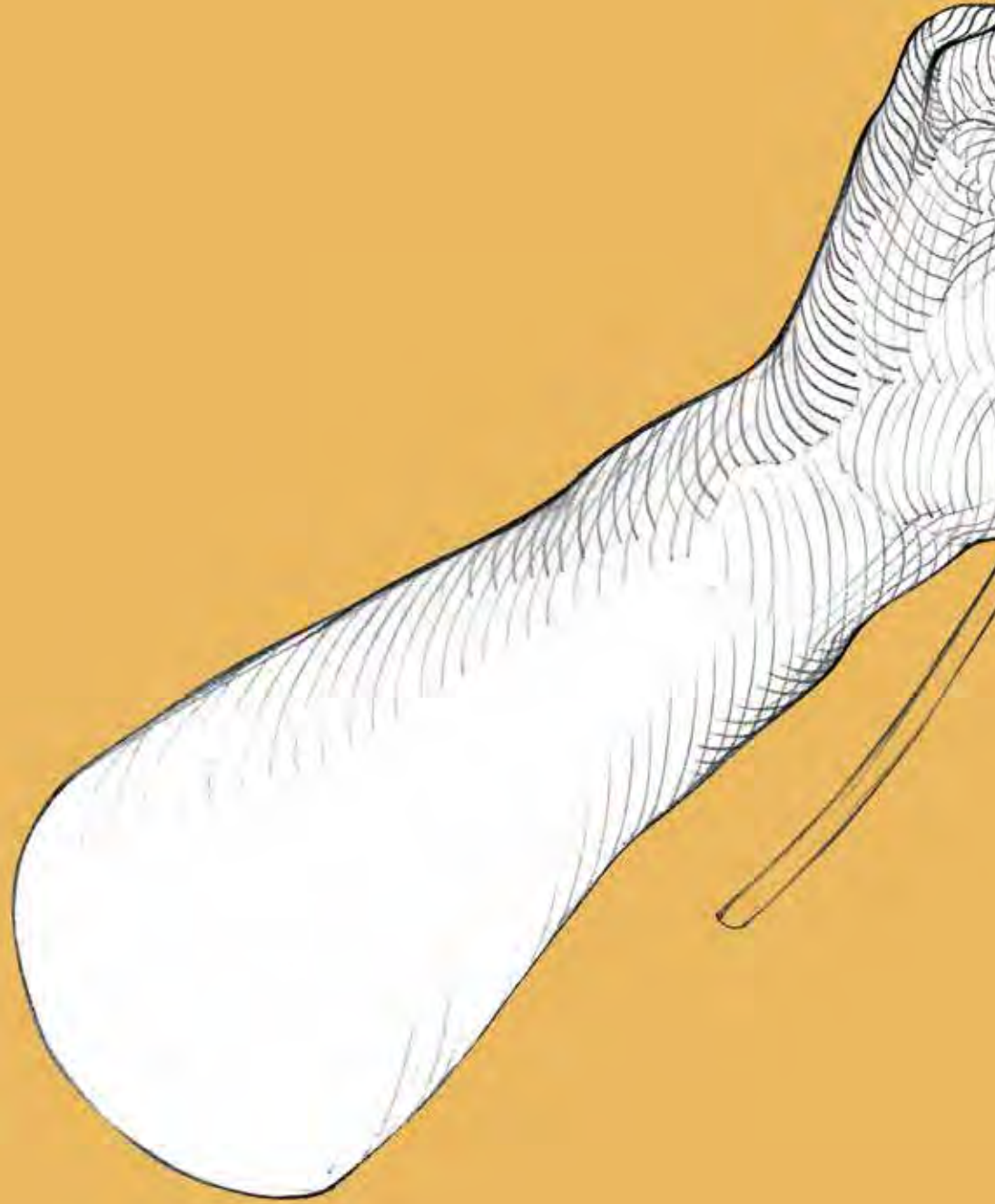


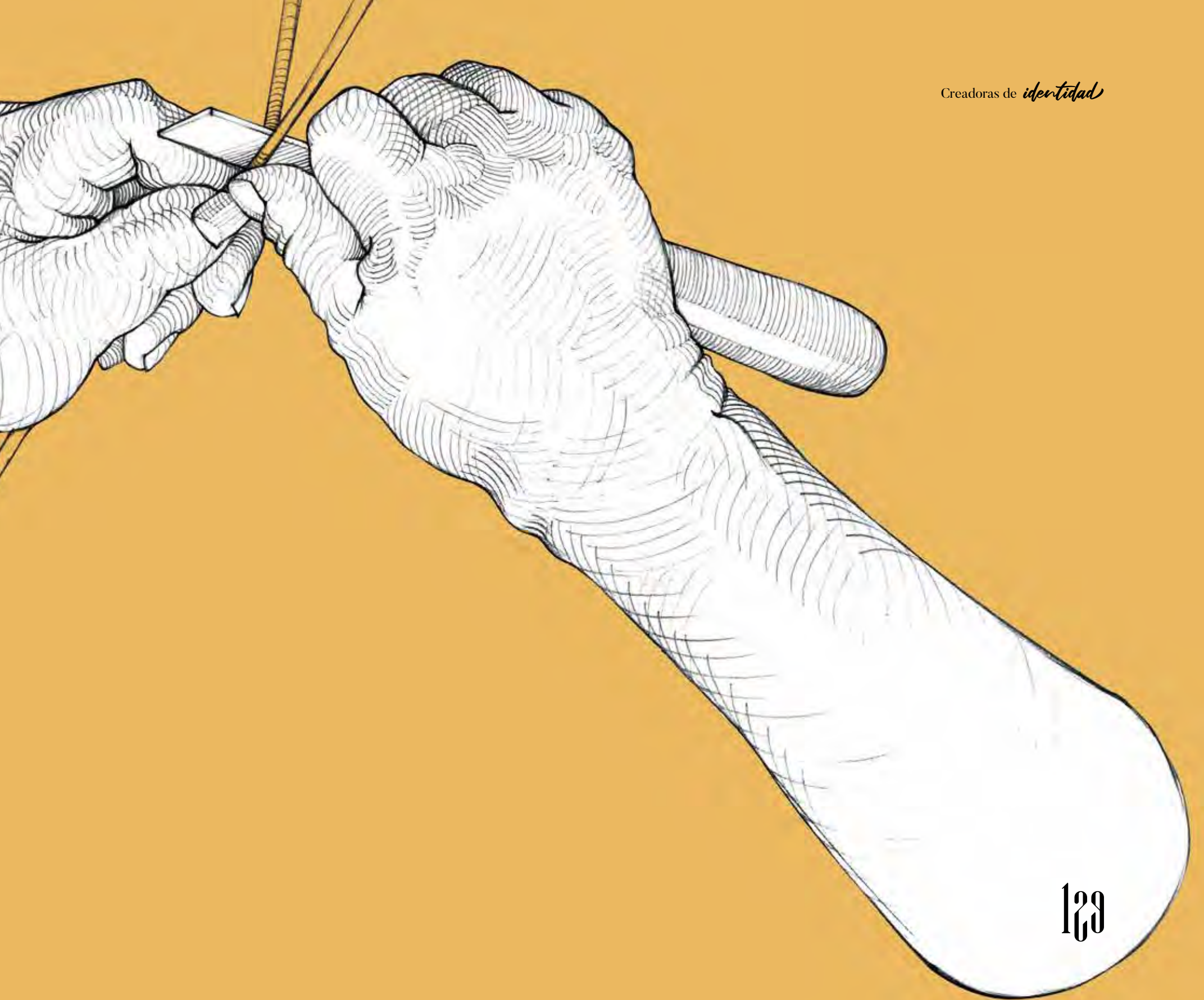
Celaya  
Cortazar  
Guanajuato  
Salamanca  
San José Iturbide

















Aún antes de ser domesticado el fuego, las manos indígenas ya trabajábamos las fibras vegetales para fabricar enseres que hicieran más llevadero el quehacer cotidiano. Más allá de donde la memoria alcanza, recorriamos riberas y humedales en busca de carrizos y mimbre con los que trenzar cestos y transportar en ellos lo recolectado, para armar nasas de pesca o tejer petates de hermosos diseños. Tejido es lo que nosotras realizamos, con fibras duras como lo son la caña y la madera. Un trabajo primordial y básico que necesita poco para realizarlo: tan solo una navaja bien filosa, alguna piedra seleccionada en el mismo río que alimenta las cañas y el conocimiento de los mayores. Somos nosotras, manos guanajuatenses, las que mantenemos vivo este saber.

Habilidad y paciencia es lo que necesitan las manos artesanas para crear *belleza entrelazada* con los materiales que la naturaleza les da. ◀







134

Se necesita buen pulso y filoso acero para hendir las cañas en varillas uniformes tan anchas como requiera la función que deban desempeñar. ◀ Las de más anchura, destinadas a servir de cañotes, se machacan con dos piedras recogidas en el mismo río que alimentó al carrizo. ▲

Nuestros padres nos enseñaron a seleccionar el carrizo que hemos de trabajar: ni muy grueso ni demasiado delgado, del largo adecuado, sin daños ni quiebres. Cañas que guardan en su cuerpo silvestre el alma generosa que nos permitirá dar forma a los diseños creados por la imaginación y las viejas costumbres. Las traemos recién cortadas a nuestra propia casa donde, entretenidas en la relajada plática de las comadres, las vamos limpiando de ramas y de hojas. La caña debe trabajarse en fresco, pues una vez seca ya solo nos vale para el fuego. Y escucharemos las risas infantiles sobre el pausado raspar del filo sobre la madera, que el trabajo se hace en familia y esta nos acompaña en la labor.

Solo cuando esté limpio el material comenzaremos a sacar de él las varas que su cuerpo guarda. Buscaremos que siempre queden parejas, ya saben nuestros dedos calcular su trabajo, labrándolas para procurar en todas ellas el grosor uniforme que las transforme en urdideras: una vez que les hayamos quitado las pancitas que por el lado exterior les queda. Todo esto con cuidado, que nosotras ya nos sabemos manejar en estos menesteres (lo aprendimos de tantos cortes que nos dimos) pero para el inexperto resulta igual de peligroso el cuchillo que las varas que con él logramos, filosas como una navaja de rasurar. De un segundo carrizo, ya limpiado, habremos de sacar los cañotes, que son las varas más anchas que nos darán soporte y estructura al cesto.

Otras, más estrechas, se irán labrando con el filo de la cuchilla hasta dejarlas delgadas y flexibles. ►





Será entonces el momento de comenzar el tejido. Disponer en forma de estrella las tiras que servirán de trama y sobre ellas entrecruzar nuestras urdideras, una por arriba y la otra por debajo, ayudándonos de los pies desnudos cuando fuera necesario. Buscaremos siempre que nos quede bien ceñido, con calmoso empeño hasta alcanzar el perfil final al que añadiremos una tercera vara sobre la que remachar las puntas sobrantes de las palmas. Solo quedará entonces crear el reversillo, el cierre de la pieza, con el mismo procedimiento que utilizamos antes para obtener los cañotes. Con carrizo o mimbre, somos capaces de dar forma a todo tipo de cestas y de contenedores donde guardar un sinfín de objetos. Pero no crean que solo sabemos tejer avíos para el trabajo, también sabemos componer centros de mesa, sombreros y juguetes.

A cada uno de ellos les daremos el acabado que más nos guste: en su color natural (amarillo o pardo según el material que hayamos empleado), con el brillo del oro viejo que le presta el quemado a la caña o combinado con diferentes mimbres coloreados; que sobre gustos no hay nada escrito. Nosotras, las manos cesteras, mantenemos viva una práctica transmitida sin enseñanza formal desde los tiempos más lejanos, de las maestras cesteras, a sus aprendices. Descubrimos cómo extraer de la naturaleza nuestro producto de una manera sostenible, al devolverle los residuos para que sirvan de abono a las nuevas plantas que el día de mañana habremos de recolectar. Un valioso patrimonio cultural lleno de tradición y futuro.



Por lo alto y por debajo de los cañotes se alternan las urdideras para así dar forma a la base. ▲  
Vuelta a vuelta, siempre bien apretadas, comienza la cesta a tomar volumen y forma. ►









Alcanzada la altura que se pretendía, se han de igualar los cañotes para recibir a la vara definitiva sobre la que se cierre el revésillo. ◀  
La maestra cestera repasa cada pieza. Nada debe desentonar en la armonía de dura fibra vegetal que ha compuesto. ▲





Tejidas por manos habilidosas, las fibras vegetales también pueden tomar la forma del pajarillo que amenizó con sus cantos la vida en la ribera. ▲ Las cestas artesanas pueden mostrar diferentes acabados dependiendo de la técnica de su trenzado. Pero siempre se apreciará la maestría de la artesana en el cuidadoso acabado del revesillo que las remata. ►

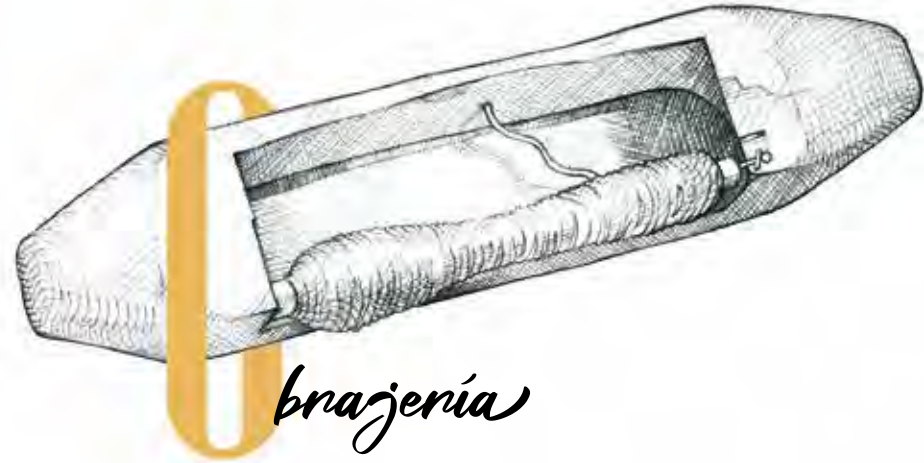




art by  
tb  
Three Rivers, Inc.







## *obrajería*

Siglos antes de que llegaran aquí los europeos, nosotras ya tejíamos vestidos y mantas con humilde ixtle o delicado algodón en nuestros antiguos telares de cintura. Más tarde los españoles trajeron los telares de pedal junto a los borregos que suministraron la lana necesaria para iniciar el trabajo de obrajería, el primer oficio de la edad moderna en nuestra tierra. Desde entonces, no hemos parado de tejer en Guanajuato. Con las maderas de nuestros bosques: pinos, madroños y encinos, aprendimos a fabricar telares en los que montar la urdimbre (cientos de cabos hermanados en la misma dirección) y con ellas construiremos las lanzaderas que carguen las canillas de lana negra, blanca o café; o quizás de las mestizas lanas grises, que se negaron a permitir que separaran sus guedejas negras de las blancas.

Manos que acarician la lana, pasión compartida. El callado diálogo de dos amantes sobre el telar. ◀





146

El primer paso del maestro artesano es saber seleccionar la lana adecuada, la más limpia, la más hermosa. ▲  
El número de cabos que conformen el hilo determinará el grosor de la lana y, este, el empleo que ha de dársele. ►







148

Cada hebra de lana extendida en toda su longitud, expectante, siente el afecto del tejedor antes de ser colocada en el telar. ◀  
Cables y poleas, laberinto de hilos y cabos a la espera de la trama que han de liberar las lanzaderas. ▲

El prendedor será el encargado de mantener tensos los hilos, que en expectante reposo esperan el inicio de nuestra labor. Un instante de silencio antes de que los pedales comiencen el recital con el sordo golpe de su madera, para abrir la urdimbre por la que correrá por vez primera la lanzadera y, girando en su interior, la canilla que libere la hebra que habrá de formar la trama. Somos nosotras, las manos, las que ordenamos el trabajo. Hacemos correr la lanzadera y apretamos luego el cabo recién dispuesto, aunque, sin la ayuda de nuestros hermanos los pies de poco serviría nuestro trabajo. Ellos nos ayudarán en los pedales. Al primer impulso, harán bajar los hilos impares al tiempo que ascienden los pares. Será ese el momento de deslizar de un lado al otro la lanzadera.

De nuevo trabaja el pie y cambian su posición los cabos de la urdimbre para que pueda volver la lanzadera a su lugar inicial, dejando detrás de sí su hilo. A cada pasada, el golpeteo suave de la caja aprieta el último hilo que ha soltado contra la tela ya tejida (pero solo lo justo, porque la lana demasiado apretada no protege bien del frío). Cada medido movimiento es un acorde de la sintonía que madera, lana y artesano interpretan a diario: el apagado gemir de la madera sobre los cabos, absorbente en su metálica cadencia, y el traqueteo de los pedales, crujidos de leño y de sogá. Rítmica armonía de nuestro trabajo que, como las prendas que de él nacen, nos envuelve y nos resguarda. A su arrullo damos forma a sarapes y rebozos, a cobijas o a las peculiares cotorinas, esas prendas a modo de chaleco grueso, abierto al frente y con botones.

Es de vital importancia la tensión proporcionada a los cientos de hilos horizontales que llamamos urdimbre. ▶





El grosor de la lana con la que trabajamos distinguirá el uso que demos a la tela: de cabo y medio para las prendas de dama, hasta de cuatro cabos para las cobijas. Cada una con su diseño propio, que, las manos artesanas hacemos de cada prenda un artículo único con una aparente sencillez fruto de miles de horas invertidas en nuestro tejido. Que ya decían los viejos que el telar es un amante celoso, pues te reclamará cada minuto que lo dejes solo. Punto a punto irán tomando vida los diseños que aprendimos de nuestros padres y, estos, de nuestros abuelos, o los proyectos que los clientes nos confían. Grecas, cadenas, animales, todo lo podemos reproducir con la lana que tejemos.

Pues somos habilidosas manos que corremos la lanzadera y tundimos la trama. Manos expertas que fijarán las orillas de la tela con la cadena y el torcido, manos endurecidas por el trabajo que se lavarán una y otra vez para eliminar cualquier rastro de lanolina, la grasa que por su naturaleza cubre la lana. Y han de ser meticulosas las manos que eliminen de entre el tejido la última brizna de espina para que la lana no de comezón ni a las pieles más delicadas. Así continuamos hoy, en pleno siglo XXI, una labor nacida hace siglos. Creamos prendas de vestir elaboradas con un solo elemento: la lana. Un producto natural de nuestra tierra, Guanajuato, que sin colorantes ni conservantes, guardará por décadas su calor y su hermosura.

Creatoras de identidad *belleza entrelazada*



Una mano sobre la caja, la otra en la lanzadera, el maestro solo espera que se separen los hilos alternos para deslizar la trama entre ellos. ▲  
Como las vibrantes cuerdas de un piano, los cabos de la urdimbre se alzan y descenden para permitir el paso a las veloces lanzaderas. ►

151







El madero de la caja comprimirá cada hilo de la trama sobre el anterior con fuerza medida. Hasta la última carrera de la lanzadera que dará por concluida la tarea.





154

Tras el tejido un merecido baño. Uno de los trabajos más duros del maestro tejedor son los repetidos baños que la lana debe recibir antes de comenzar con su costura.

Creatoras de identidad *belleza entrelazada*



Las grecas, cadenas y figuras animales se exhiben con orgullo en los sarapes artesanos.

155











Desde siempre, ha precisado el ser humano protegerse del sol y de la lluvia. Para resguardarlo de las inclemencias, tuvimos que crear el sombrero. Al inicio, las mismas manos que cultivábamos la tierra y recogíamos sus cosechas, éramos las que tejíamos las primitivas fibras que daban forma a aquellos sombreros primigenios de ala ancha. Fue allá por el siglo XVIII cuando aprendimos a tejer la paja y la palma, a convertir la artesanía del sombrero en industria y a la figura del tejedor en ícono de nuestro trabajo. Tejíamos en la calle, a la puerta de nuestras casas sin herramientas ni ayuda alguna, los sombreros que daban vida a nuestro pueblo. En 1917, llamado el año del hambre, cuando la pérdida de las cosechas parecía condenar sin remedio a nuestros vecinos, cuentan que el admirable padre Juárez, sacerdote de fuerte temperamento y empeñado defensor de las clases humildes, se trasladó hasta la capital para exigir al presidente Carranza una solución para la necesidad de sus feligreses.

Manos diestras dan forma al sombrero, que en Guanajuato superó el ser mero complemento para convertirse en distintivo de nuestra cultura y nuestra nación. ◀



160

Partiendo del pliego de papel base, el artesano utiliza el cortador de copa para eliminar el excedente de material. ▲  
Luego montará la copa sobre la horma que le dará volumen y forma. ►











Las manos del artesano, rugosas de trabajarlos, acarician los sombreros apenas iniciados. ◀  
El tejido recibe su baño de laca para adquirir la rigidez necesaria antes de ser usado. ▲



164

Manos expertas ajustarán el tafíete a la talla del sombrero. ◀  
En algunos modelos se perforan los "ojillos", remaches decorativos en la  
copa que ayudan a refrescar la cabeza que protegen. ▲

Consiguió así, que las instituciones proveyeran un suministro importante de palma que nos permitió a nosotras, las manos guanajuatenses, mantener la incipiente industria sombrerera y salvar a la población de la hambruna. Superada tan grave dificultad, el emprendimiento de nuestra gente supo ver las puertas que el futuro abría. Pasamos de manufacturar el sombrero como artículo de uso cotidiano a trabajarlo como un objeto de comercio para la moda y el turismo. Dimos presencia y carácter a empresas modernas, donde centenares de manos ganan hoy su sustento fabricando todo tipo de sombreros. Ninguno nos es ajeno. De horma texana, indiana o casual, todos los creamos dando volumen y forma a sus dos partes fundamentales: primero, la copa, que acoge la cabeza, y tras ella el ala, que la rodea para defender del sol a su portador.

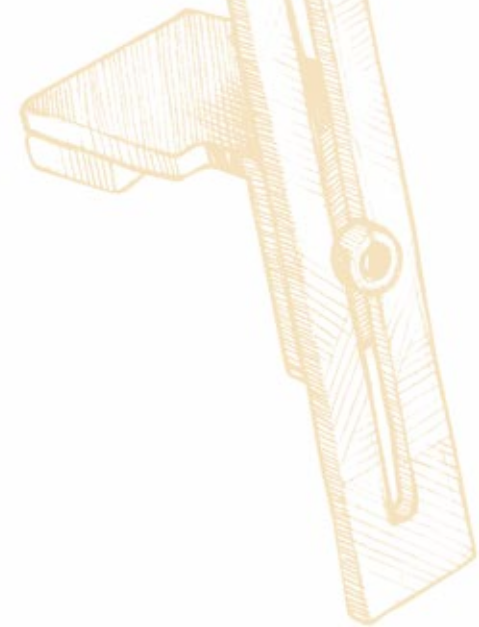
Una combinación de dos elementos que permite tanta variedad de formas y dimensiones como las modas reclamen o el maestro sombrerero sea capaz de imaginar. Los podemos fabricar en papel, algodón, paja, cartón o lana. Cada material exige su técnica y todas las dominamos. Los haremos pasar por la horma, que con calor, presión y humedad, les dará forma; a algunos modelos, una sola pasada, a otros, dos o más. A los de papel y algodón les aplicaremos luego una serie de lacados que los endurezcan y los hagan resistentes al agua antes de que reforcemos su ala con el alambrado, el dobléz que la termina. No así los de lana, que ya es suficientemente resistente el material del que están hechos. A estos solo les tendremos que lijar la superficie, para afinarlos y perfilarlos con cuidado el ala hasta que le quede el borde bien liso y redondeado, que su fieltro no precisa orilla de refuerzo.

Interminables columnas esperan su adorno y acabado para repartirse luego por el mundo representando con orgullo el nombre de Guanajuato. ►





Ya conformado, llegará el momento de colocarles el tafílete (la cinta que en el interior separa la superficie del sombrero de la cabeza que lo porta, al tiempo que se encarga de ajustarlo a su medida) y terminaremos los de lana con un forro que recubre su interior. Solo quedará entonces ajustarles la toquilla, esa elegante banda que adorna el perímetro donde se unen copa y ala. Todos los colores y todas las formas nos son conocidas, no hay una que no sepamos hacer, pero si hay un sombrero que identifica a México es ese de amplia ala que se viste de terciopelo, de hilos y de lentejuelas para lucimiento de nuestros ilustres y el deleite de cuantos nos visitan: el sombrero charro. Fabricado con paja de trigo y engalanado con bordados y alamares de fina plata, o trabajado en cartón, como nuestro sombrero charro decorativo artesanal, que recorre el mundo llevando consigo el alma de nuestro Guanajuato. Sombreros fabricados a mano, único cada uno de ellos, pues nosotras, las manos artesanas, les conferimos una identidad propia que los distingue y los diferencia hasta convertir al sombrero que fabricamos en símbolo de un pueblo y una nación.



Creatoras de identidad *belleza entrelazada*



Solo los sombreros charros de mayor calidad se construyen de paja de trigo primorosamente trenzada. No habría material suficiente para abastecer tanta demanda. ▲  
El brillo de bordados y lentejuelas engalanan la copa, y el jarripeno cosido con listón, su característica ala ancha. ►

167





168

Con un recortador, también artesanal, el maestro ajusta el ala a la medida solicitada. ▲  
Manos precisas han de perfilar los bordes del sombrero de lana para darles el acabado redondeado que este exige. ►











Creatoras de identidad *belleza entrelazada*



Horma y vapor, el tacto del artesano y el saber de la experiencia, dan a la copa y al ala las formas que caracterizan a cada uno de los modelos que aquí se fabrican.





La delicada trama de la fibra de papel se aprecia en el sombrero recién terminado. ▲  
Colores sobrios, adornos sin estridencias, la elegancia sobre la cabeza. ►



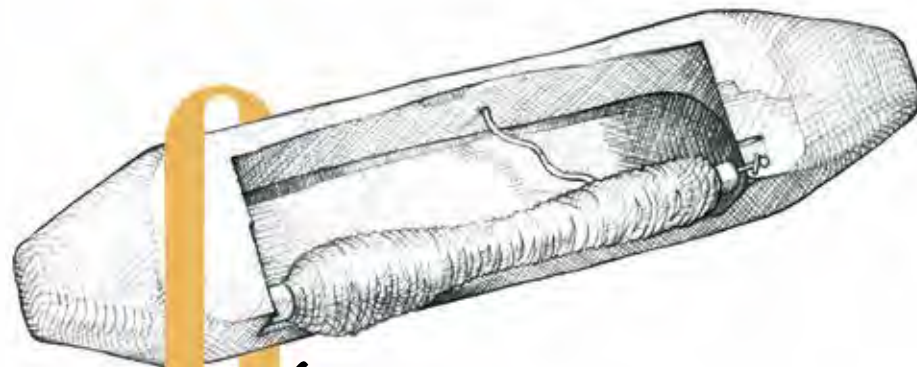






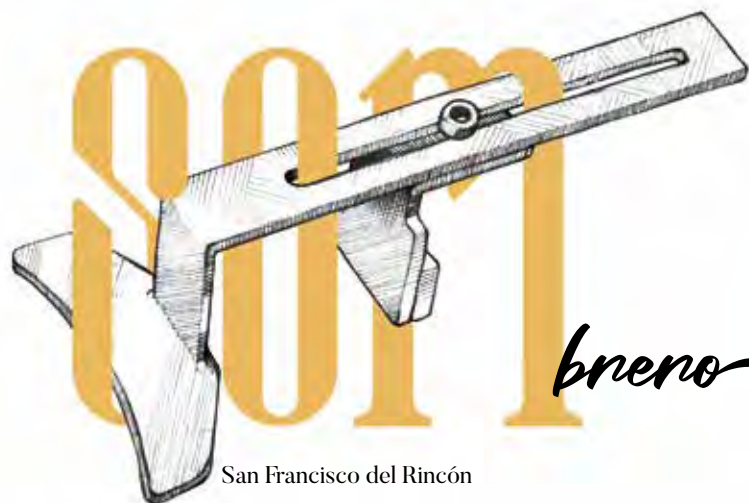
*esteria*

Comonfort  
Irapuato  
Jaral de Progreso  
Tierra Blanca  
Victoria  
Villagrán  
Yuriria



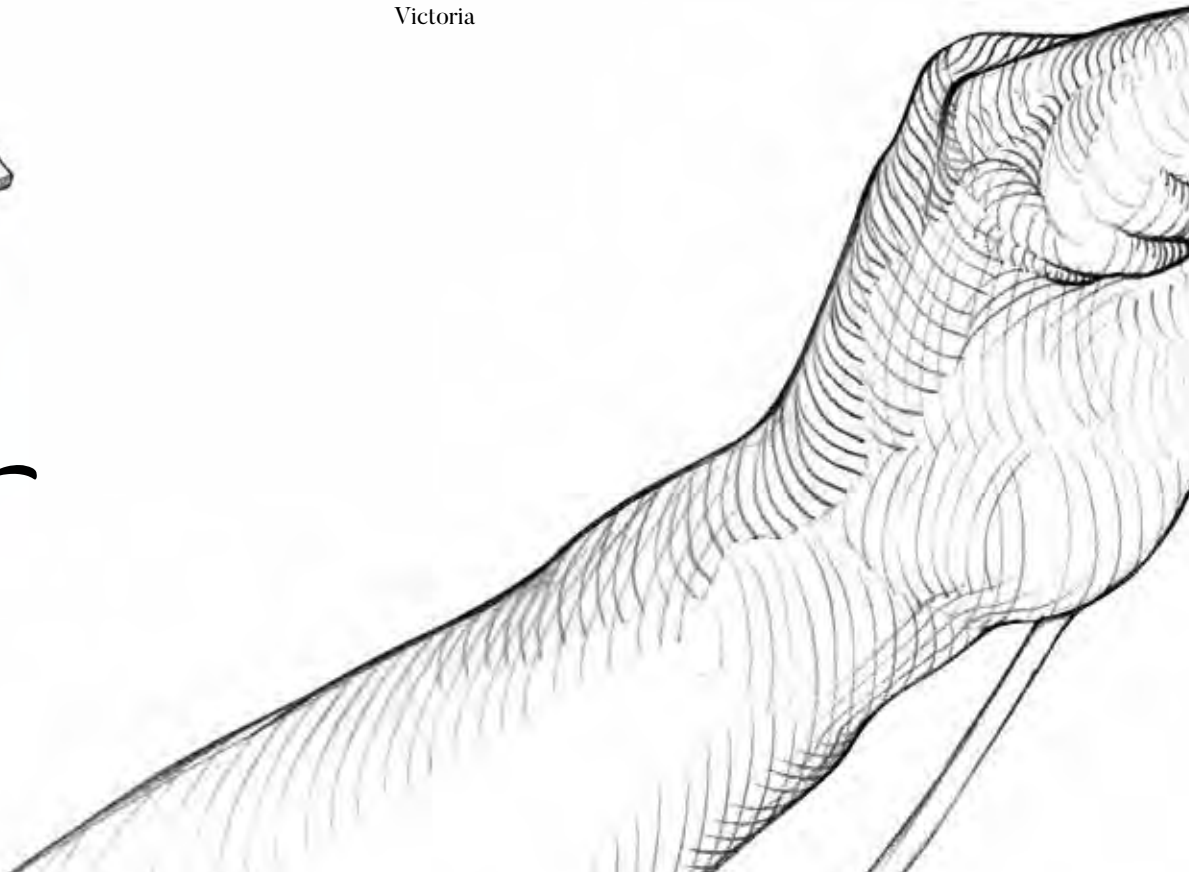
*brajería*

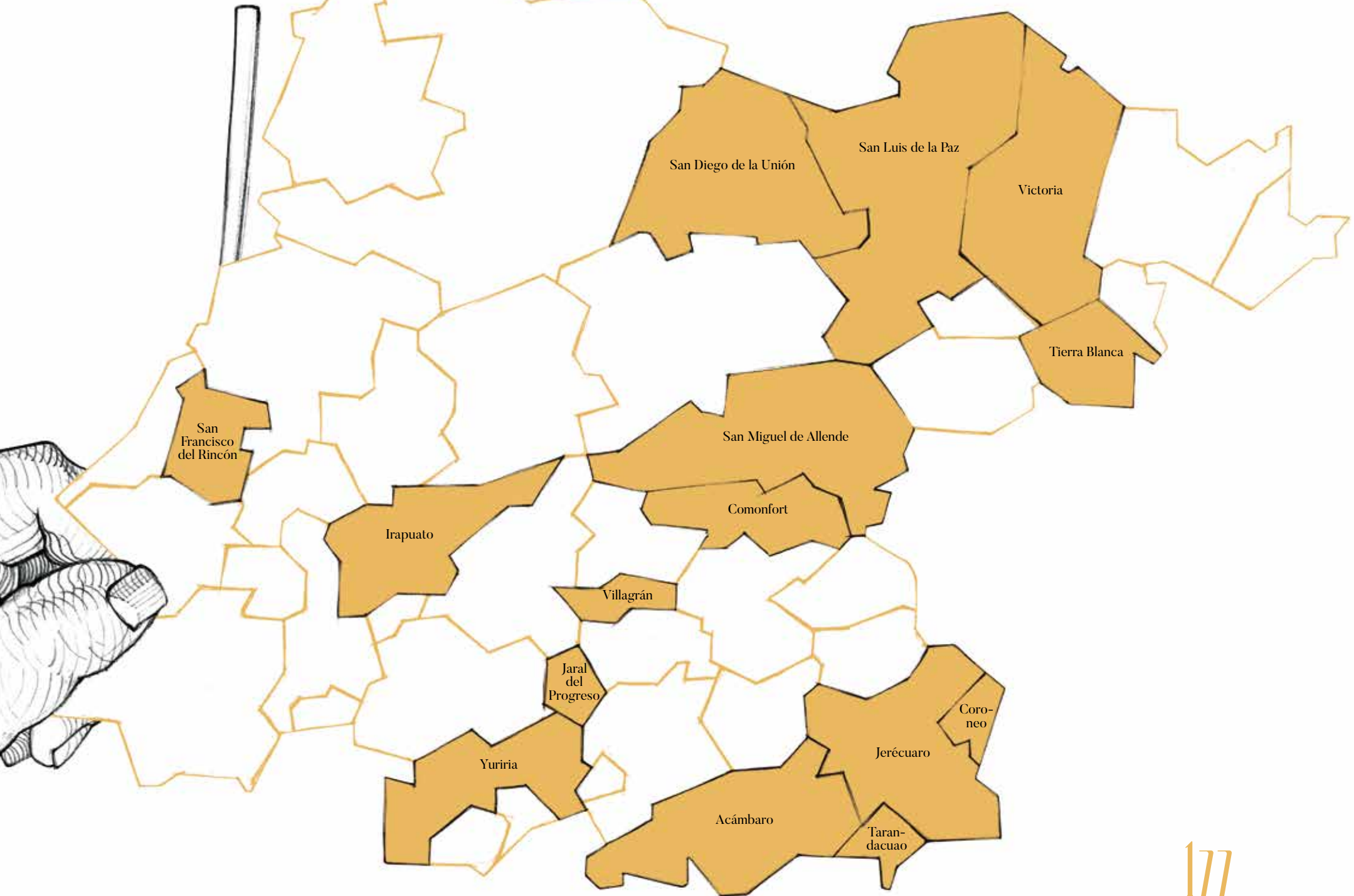
Coroneo  
Jerécuaro  
San Diego de la Unión  
San Luis de la Paz  
San Miguel de Allende  
Tarandacua  
Victoria



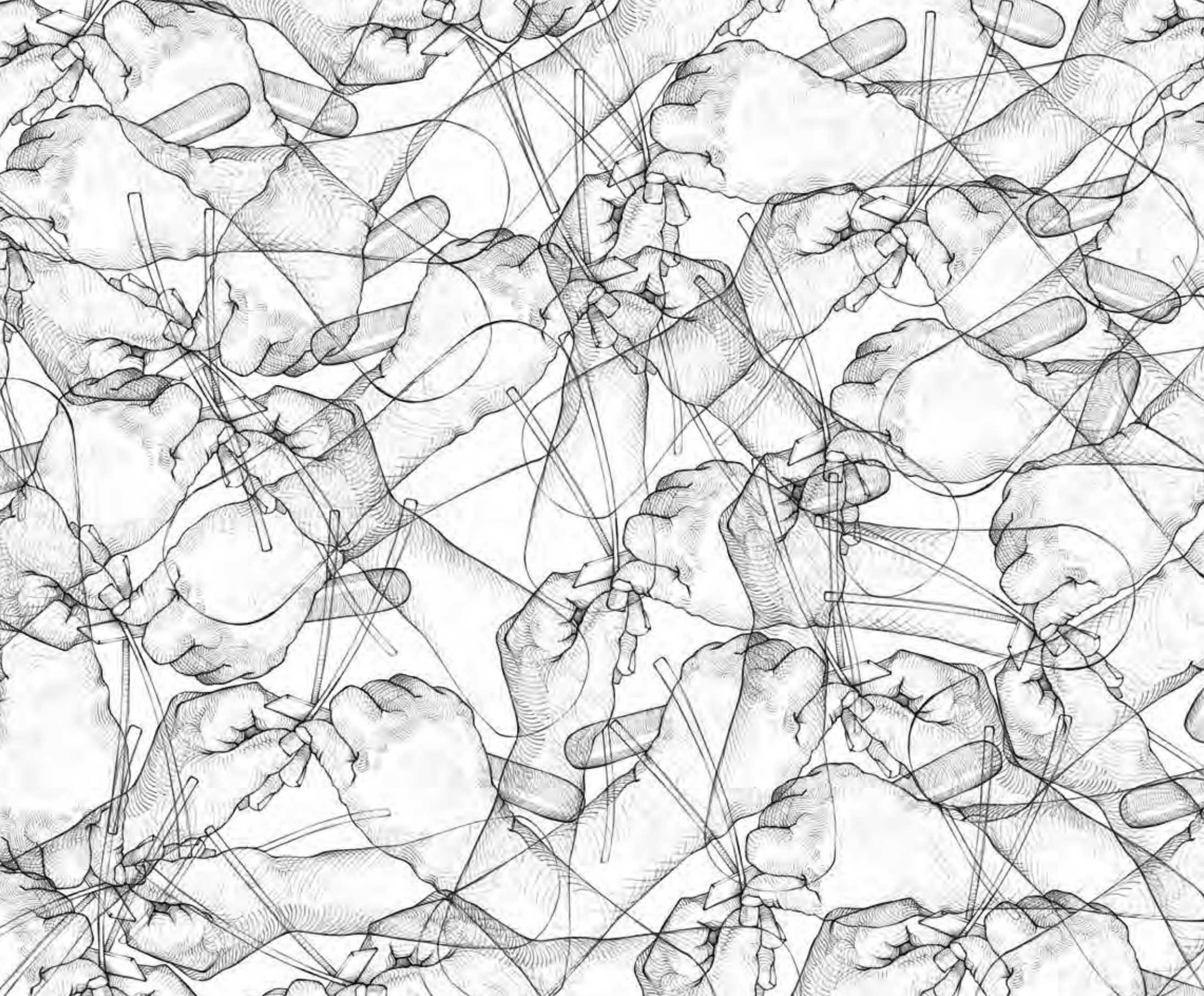
*breno*

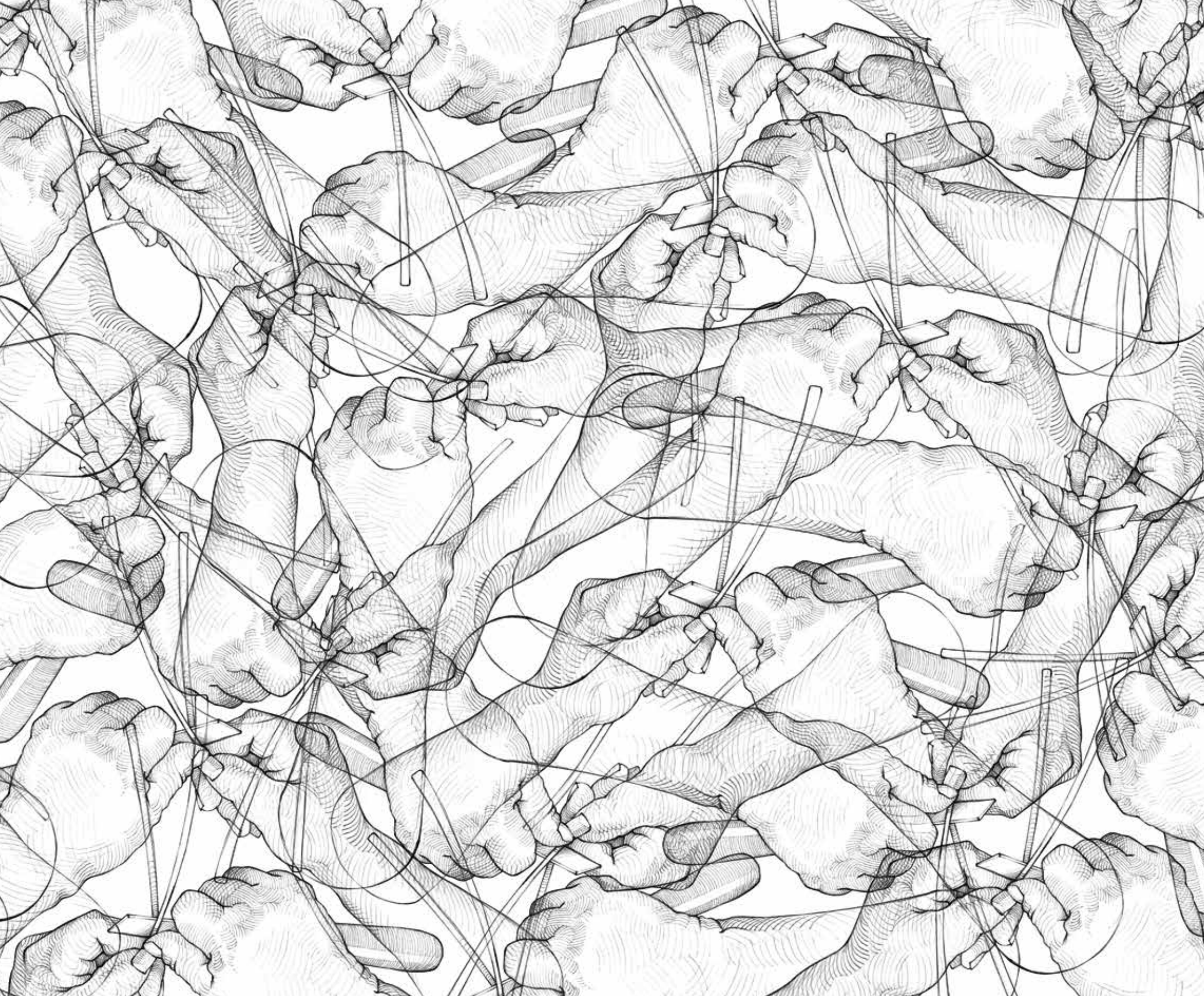
San Francisco del Rincón

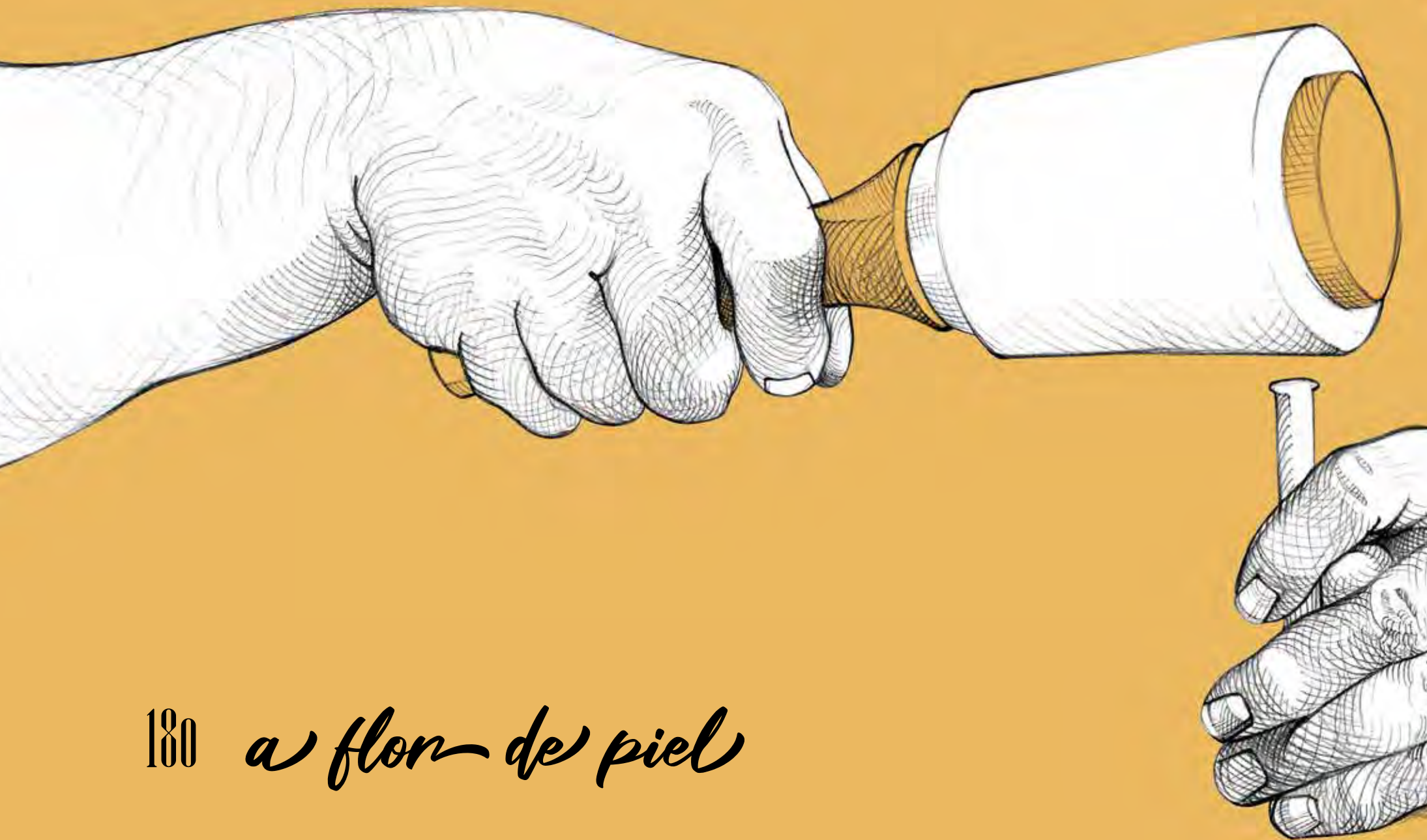








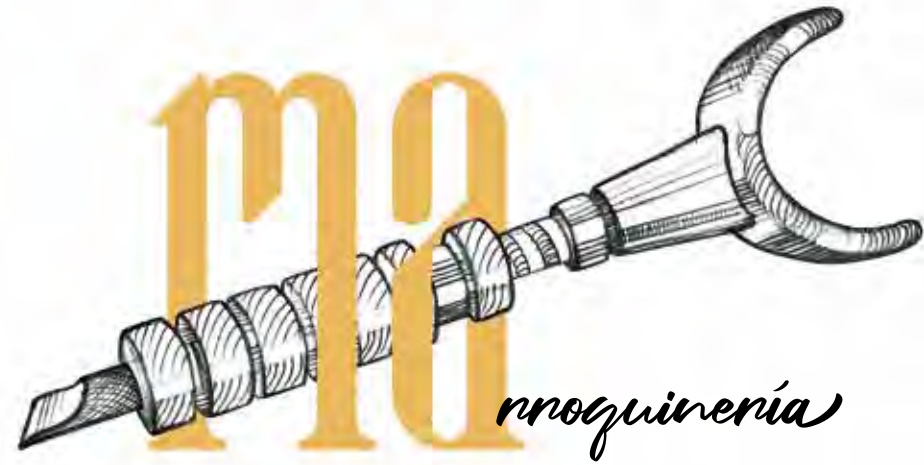




180 *a flor de piel*







Históricamente, hemos sido las manos las encargadas de cubrir las carencias y necesidades del ser humano. Nosotras fabricamos las herramientas, las armas de caza y también el vestido que protegiera del frío con la piel de los animales abatidos. Así iniciamos nuestra artesanía, un oficio que hemos perpetuado a través de los siglos. Desde aquellos primeros tiempos, cuando trabajábamos la piel cruda con herramientas de piedra y de hueso, hemos sabido evolucionar al ritmo de la sociedad que nos alberga. Hemos perfeccionado nuestras técnicas y nos hemos adaptado a los gustos y necesidades de cada época y de cada situación.



184

Junto a la mesa de trabajo los útiles del artesano. Mazo, buriles y punzones, reposan ordenados. ▲  
Una innumerable variedad de matrices esperan transmitir, a golpe de martillo, su primoroso diseño al cuero. ►









186

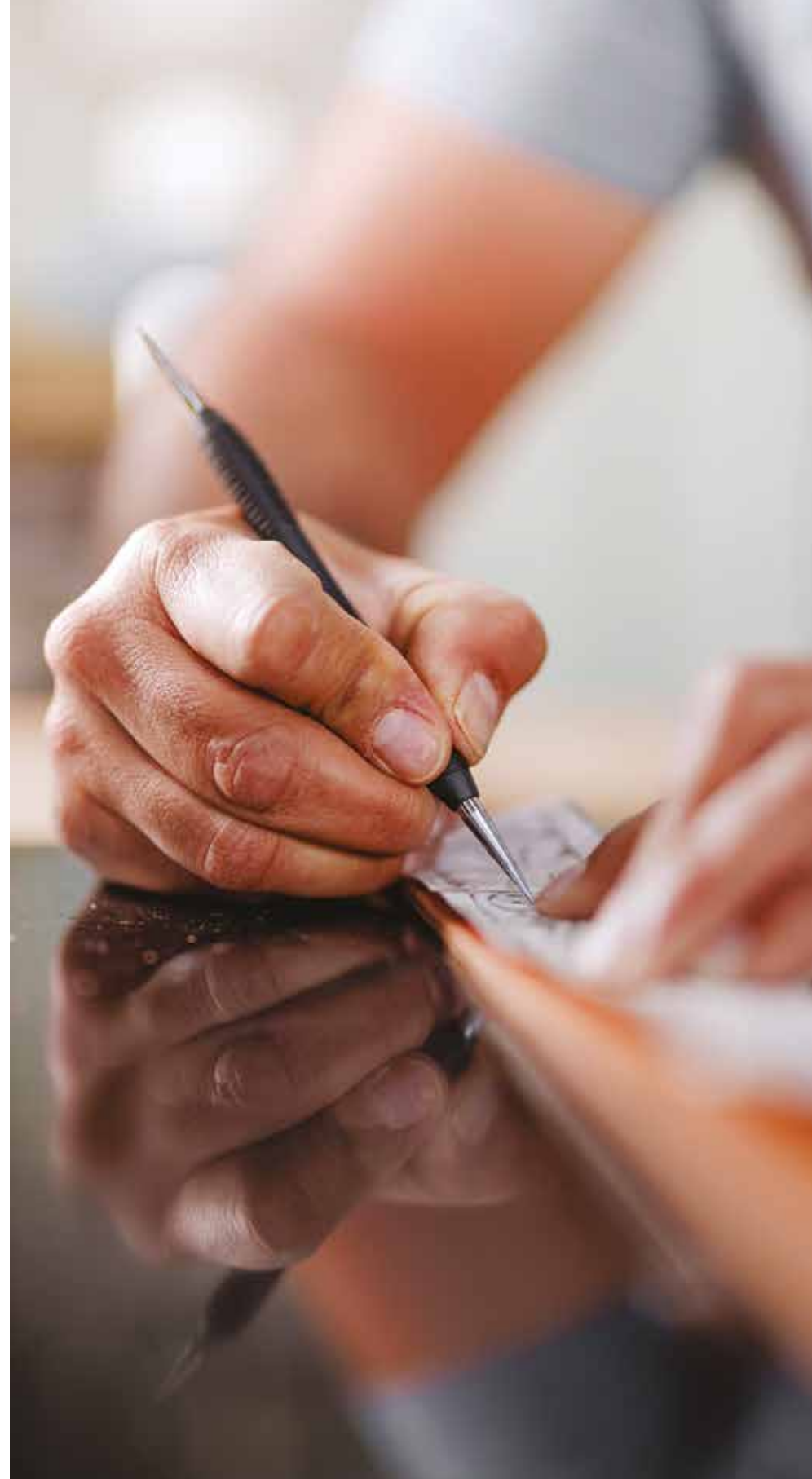
Tras cortar a la medida deseada la pieza de cuero en costra (aún sin trabajar tras el curtido), el artesano humedece la superficie para suavizarla antes de iniciar su creación.

Aprendimos a curtir la piel del animal para transformarla en cuero, material flexible y resistente que nos permitió hacer más cómodos los vestidos y crear con él novísimos arneses que no tardaron en volverse indispensables. Porque gracias a que aprendimos a trabajar el cuero se logró dominar al caballo. Ya desde los tiempos del virreinato era reconocida nuestra tierra guanajuatense por sus curtidurías y por los artesanos que trabajaban los productos de aquella industria. Para curtir la piel debemos primero eliminar el pelo y lavarla, para luego añadirle compuestos vegetales o minerales que eviten su putrefacción. Transformada con el paso de los días en cuero curtido, tendremos que afinarlo hasta darle el espesor adecuado antes de enviarlo a los diferentes talleres donde lo habremos de trabajar.

Seremos las manos artesanas las que con el cuero más robusto y resistente elaboraremos arneses y aparejos para los animales de monta y de tiro o al trabajar el cuero más fino y delicado, obtendremos cinturones, huaraches, carteras o bolsos. Siguiendo las prácticas y las formas heredadas de nuestros abuelos, aunque sin cesar en la búsqueda diaria de nuevos diseños que aplicar a nuestras creaciones. Cortaremos el cuero con afilada cuchilla para darle la forma y medida adecuadas para la pieza que pretendemos, sea un cinturón o una cartera. Para ello hemos buscado el material más delicado, el más lustroso, conseguido a partir de curtientes vegetales extraídos de la acacia, del castaño o del quebracho. Sobre él, en el recogido silencio de nuestro taller, quizás apenas roto por la amable sintonía de la radio, inmersas en el familiar olor de la piel y el tanino, trazaremos con el punzón nuestros diseños: flores, animales, o quizás la silueta de algún cerro amado.



Con meticuloso tiento, el punzón traslada a la zona que va a trabajar el diseño creado sobre el papel. ►





Buriles, con diferentes bocas y filos, irán dejando su huella con preciso golpe de marro. Así daremos forma y relieve a paisajes o intrincados arabescos, que recibirán color si lo desea el cliente, con esponja o moderno aerógrafo. Biselaremos suavemente con el matacantos las orillas del cuero y, llegado el momento de la costura, nos ayudaremos del fileteador para trazar el surco sobre el que perforar los agujeros por los que la aguja pasará el hilo encerado. Una delicada lluvia de laca dará por terminada nuestra obra.

Trabajado para darle forma y volumen cuando lo repujamos o solo bruñida su superficie, entintado o en su color natural, son nuestras labores artesanas obras únicas y duraderas; creadas una a una, siguiendo los métodos de nuestros abuelos.

Desde que aprendimos a curtir la piel, nosotras hemos manufacturado el cuero para producir vestidos y calzado, sillas y arreos para las caballerías, talabartes para portar las armas, cinturones y bolsas. Hoy continuamos haciéndolo. Nuestro trabajo artesano brinda la posibilidad de vestir, de usar algo único, sea cartera o cinturón. Un complemento fabricado con materiales naturales que ofrecerá años de servicio. Una obra de arte que se podrá llevar ceñida a la cintura, colgada en el hombro o bien guardada en el interior de un bolsillo.



El troquel estampa su figura para dar volumen al diseño, una vez que el artesano haya encontrado con el compás la simetría que su creación necesitaba.







Con la ayuda de un golpe seco y preciso, los exquisitos troqueles dan al cinturón las formas y el volumen que delinean sus perfiles. ◀  
Solo las manos del maestro marroquino son capaces de transformar el cuero en las hermosas artesanías que reposan a su lado. ▶





Cincelados, tramas y entrelazados superan la uniformidad de la superficie del cuero para proporcionarle un acabado único y exclusivo. Como nos muestran estas dos bellísimas piezas de esta artesanía tradicional guana-juatense.

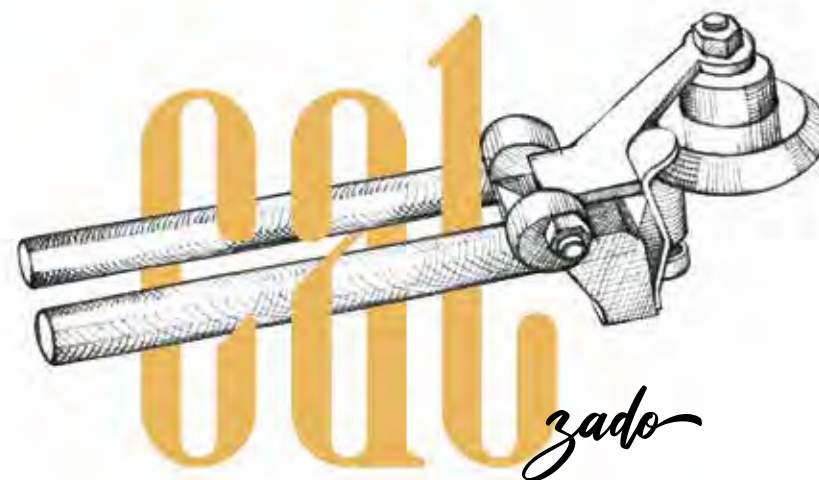












Desde que el ser humano decidió alzarse sobre sus pies, se encontró con la necesidad de defenderlos del frío y las asperezas del suelo. No tardó en descubrir que el mejor material para hacerlo era el mismo que hoy seguimos utilizando: la piel. Así nació el zapato: de la necesidad. Al poco tiempo se dieron cuenta de que esta prenda, además de ser práctica, también podía cumplir una función estética. Satisfacer su misión primordial de cubrir y proteger los pies sin renunciar a la belleza de un trabajo bien hecho. Y esto es algo que sabemos hacer muy bien las manos artesanas guanajuatenses: zapatos cómodos y bellos. En nuestro estado, la industria del calzado tiene sus fundamentos en incontables generaciones de zapateros. Desde el siglo XVI, cuando atravesaban el territorio las principales vías de comunicación del virreinato, el incesante tráfico de personas y mercancías hizo que prosperaran en nuestras fértiles tierras la agricultura y sobre todo la ganadería, que dio pie a una incipiente industria empleando el cuero de las reses que aquí se criaban.

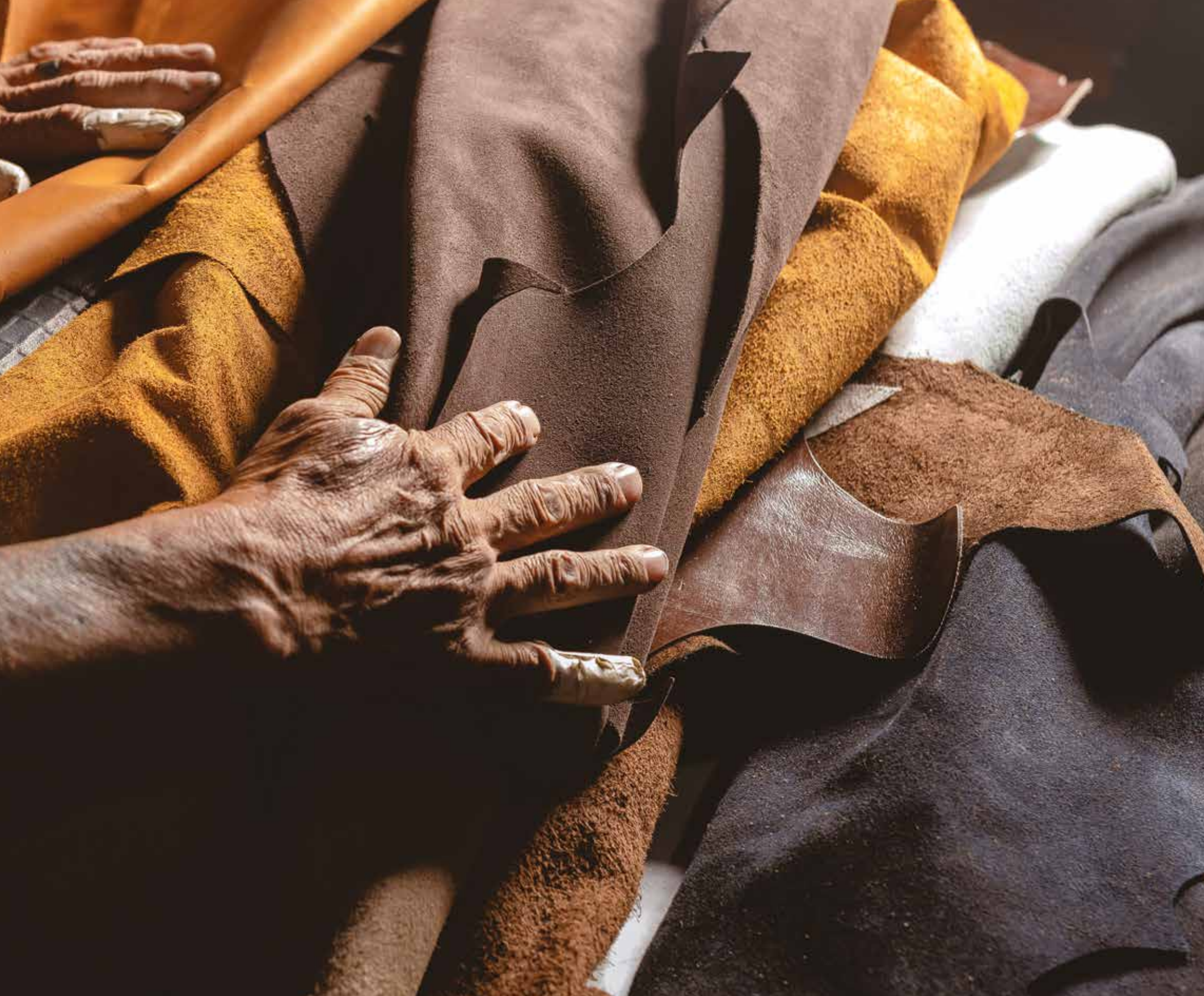
El artesano zapatero siempre mostrará el máximo respeto por el material con que trabaja. ◀



188

Solo la mejor piel llegará a la mano artesana, y marcará sobre ella cada una de las partes que darán forma al zapato.







*calzado* Manos Guanajuatenses



200

Manos expertas montan las diferentes piezas: la chinela que forma el empeine, la puntera, el talón, luego de marcar en ellas el calado, dotará de personalidad a los modelos más elegantes.

Para los inicios del siglo XVIII, ya existían en el estado de Guanajuato afamados talleres zapateros. Aunque el despegue definitivo de esta manufactura en nuestra tierra se produjo en el siglo XX, cuando la Segunda Guerra Mundial generó una exigencia de calzado en Estados Unidos que el país vecino no podía cubrir por sí solo. Fueron nuestros talleres los que se encargaron de satisfacer aquel imprevisto incremento de la demanda. Aquellos años dieron comienzo a lo que hoy es una pujante industria donde miles de artesanos y de artesanas continúan con la tradición. Sobre el mejor cuero de res trazamos nuestros diseños atemporales, fruto de las generaciones que nos precedieron y de nuestras aportaciones.

Una vez bocetadas las piezas, el buen saber del artesano tendrá que determinar el cuero más adecuado para recortar a mano cada una de las partes. Empleando herramientas que poco han cambiado con el paso de los años: los moldes que troquelarán la pieza, cuchillas y la chaira que las mantendrá filosas. Ellas desbarbarán y rebajarán cada una de las partes para adecuar su espesor, especialmente en las zonas donde se han de realizar los dobleces. Seguido, llegará el momento en que las manos más experimentadas entren en función para realizar el perforado, cuando realicemos el almenillado de sus vuelos y el elegante calado *brogue* que lucirán los modelos más distinguidos. Una vez concluidos, nos serviremos de las mismas máquinas que usaron nuestros padres para respuntar todas las partes que componen el zapato.

La perforadora taladra el cuero. Solo uno de los múltiples trabajos que precisa la creación de un zapato artesano. ►







Armaremos chinela, lengüeta y talón para dar volumen a lo que hasta entonces solo eran láminas de hermoso cuero. Tras lo que deberemos dar consistencia al talón antes de ponerle planta al zapato para dejarlo preparado a unirse con la suela, aunque debemos adornarlo en alguna de las muchas terminaciones que realizamos antes de fijársela. Patinados, envejecidos o sombreados, fuera cual fuera el acabado que le demos, cada zapato se mostrará único en su tipo. Pues lo hemos hecho nosotras, las manos artesanas, con la sola ayuda de nuestras herramientas y máquinas manuales heredadas de nuestros mayores. Somos nosotras las que transformamos el cuero en un zapato artesanal que durará años, en una muestra única y exclusiva de la belleza que este material puede llegar a alcanzar.

Hoy en día, cuando predomina la cultura de un solo uso, nosotras continuamos empeñadas en fabricar algo que perdure, algo que cumpla durante años la función para la que fue creado y así, convertir en lujo asequible lo que hasta hace unos pocos años era imprescindible y habitual. Nos exigimos que sea nuestra obra, el zapato, el que se acomode al cliente y no este quien deba adaptarse al zapato. Queremos, en definitiva, que quien use calzado artesanal elaborado en nuestro estado, y cuando voltee a ver sus pies sienta una profunda sensación de pertenencia: el orgullo de ser mexicano y guanajuatense.





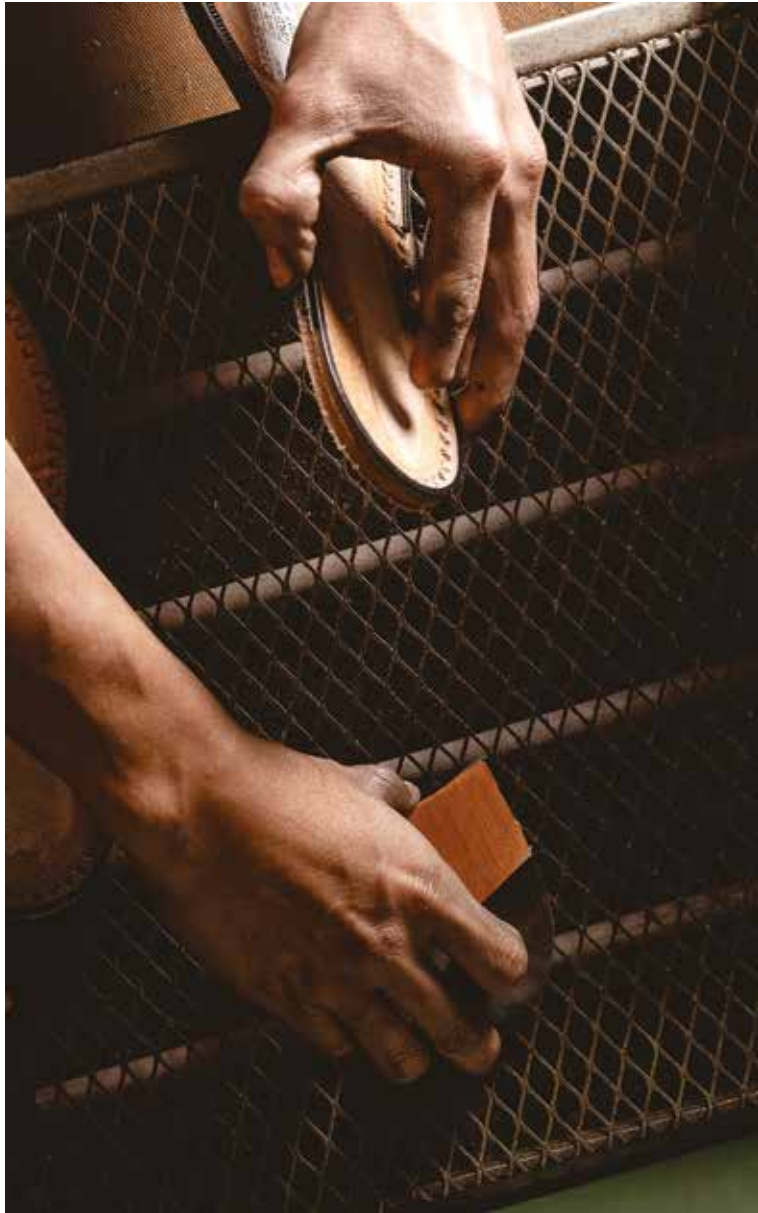
Expertas manos, con la pericia adquirida en años de laboriosa dedicación, cosen una a una las piezas. ▲  
Ya tiene volumen lo que hasta ahora eran láminas de cuero, solo esperan el momento en que la horma les dé finalmente el aspecto de calzado. ►







Sobre la horma, tomarán su forma definitiva y, a muñeca o aerógrafo, recibirán el patinado y el sombreado que realza lo exclusivo del zapato artesanal fabricado en Guanajuato.



206

El último trabajo consiste en dar cuerpo al talón. Calor y prensa fijarán definitivamente cuero, tacón, planta y suela. ▲  
Concluido el par, ha llegado el momento de colocar los herrajes y darle su último pulido antes de entregarlo al cliente. ►







208

El acabado a mano y el tono de la piel natural hacen de cada zapato artesanal una pieza única e irrepetible. ◀

El perforado *brogue*, junto a la combinación de colores en puntera, chisnela y cordonerías, convierten al calzado más clásico en el culmen de la elegancia. ▲



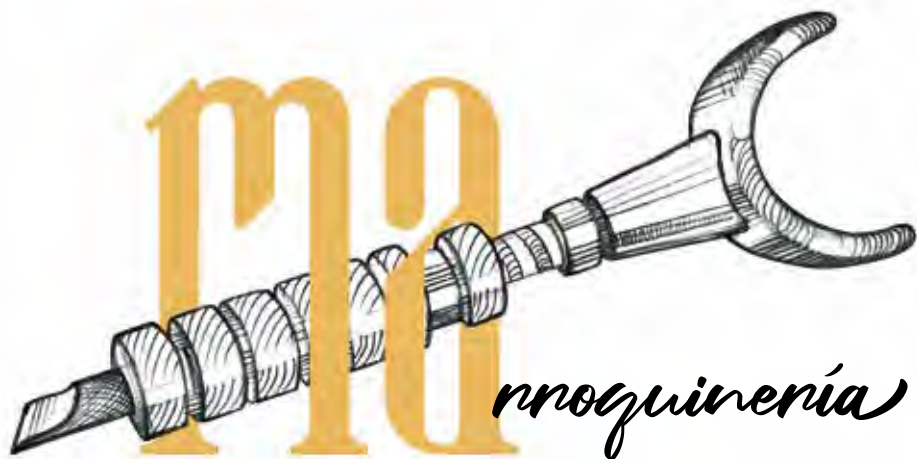
Botines o tenis, con suela de gruesa goma o distinguido cuero. No existe modelo que no puedan crear los artesanos guanajuatenses. ▲  
Dentro del calzado para vestir, los zapatos estilo bostoniano se encuentran entre los favoritos. ►



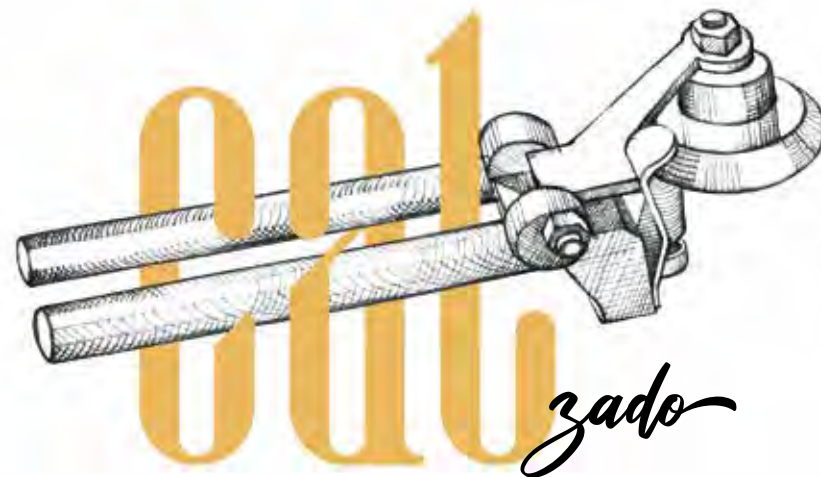




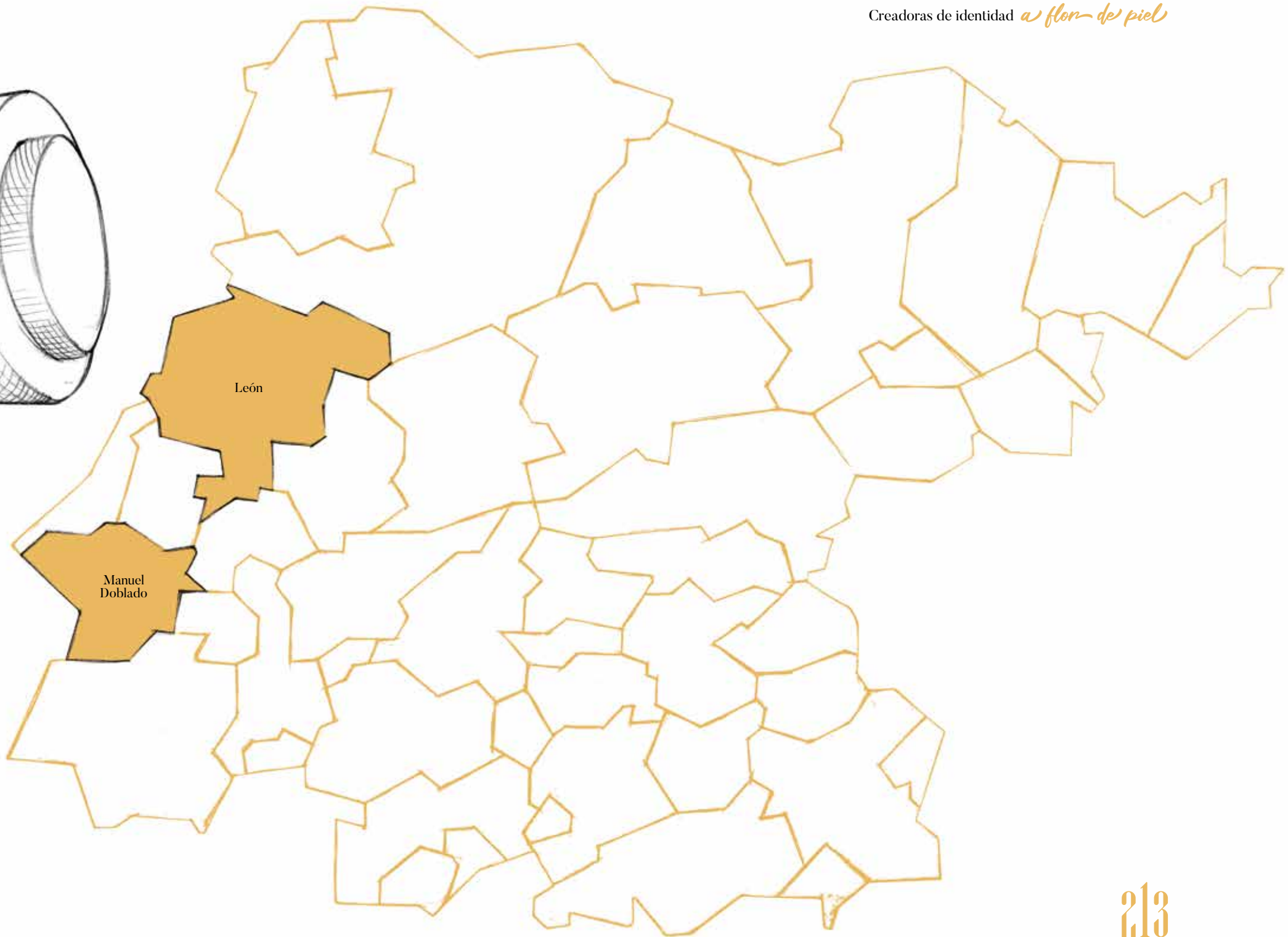
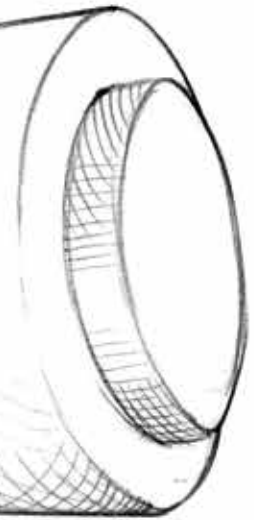




León  
Manuel Doblado



León







Llegado el momento de cerrar el libro, nosotras, las manos que lo hicimos posible, te invitamos, amable lector, a que la próxima vez que te encuentres con una de nuestras artesanías, te detengas un instante a apreciar sus peculiaridades. Porque nuestras obras son creaciones nacidas de la naturaleza, y, como ella, son irrepetibles. Expresan la identidad de un pueblo, el arraigado orgullo de generaciones de manos artesanas guanajuatenses. Somos nosotras las que trabajamos técnicas heredadas de nuestros padres en íntima comunión con nuestra tierra, continuamos el legado de nuestros ancestros. Por eso, cuando sostengas entre tus manos una de nuestras obras, recuerda lo que te hemos mostrado en estas páginas: el esfuerzo y la pasión que empleamos para crearlas.

Escucha el espíritu que hemos guardado en su interior, pues cada una de nuestras artesanías es grito, emblema del alma guanajuatense. Recuerdo y elogio de aquellos que nos precedieron, de la identidad de nuestro pueblo, del hábito emprendedor de su gente y del corazón de sus artesanos.

Hombres y mujeres sin los que no hubiera sido posible la realización de este libro y a los que queremos mostrar en estas líneas nuestro reconocimiento y admiración.



Con especial agradecimiento a las manos guanajuatenses de:

Miguel Martínez Ruelas, Arte Ruelas, Apaseo el Alto, Gto.

José Manuel Ulloa Velázquez, Tlamatini, Apaseo el Alto, Gto.

Martín García Aguado, Artesanías García, Comonfort, Gto.

Ricardo Cortés Rodríguez, Hecho a Mano, San Miguel de Allende, Gto.

Alma Griselda Aguilera Rico, Alma Aguilera Joyería, Guanajuato, Gto.

Francisco Javier Servín Morales, Cerámica Javier Servín, Tarandacuao, Gto.

Jorge Luis Quevedo Aguayo y Jorge Alejandro Quevedo Hernández, Cerámica Quevedo, Dolores Hidalgo Cuna de la Independencia Nacional, Gto.

Martín Guevara Luna, Alfarería Martín Guevara, Guanajuato, Gto.

Ramón Ramírez López, VEDESA Luz con Tradición, Salamanca, Gto.

Francisco Jamit Villanueva Miranda, Cueycalli, Salamanca, Gto.

María González Pérez, Cestería Flores, Tierra Blanca, Gto.

Eligio Ramos Martínez y Raquel Jalapa González, El Rey del Zarape, Coroneo, Gto.

María de la Luz Yepez Torres, Sombreros Salazar Yepez, San Francisco del Rincón, Gto.

Lourdes Gómez Rocha "Lula", Laredo Hats, San Francisco del Rincón, Gto.

Marcelino Navarro, Laredo Hats, San Francisco del Rincón, Gto.

Iván Gaviña Chávez, Yandels Hats, San Francisco de Rincón, Gto.

Francisco Michel Contreras Gómez, MichCo., Ciudad Manuel Doblado, Gto.

Miguel Ángel Vallejo Flores, Nacionalissimo, León, Gto.





**Manos Guanajuatenses: Creadoras de Identidad** es una obra que enaltece la tradición artesanal de nuestro estado, que comparte anécdotas contadas por las manos que crean, que materializan e imprimen su espíritu.

Te invitamos a descubrir las magníficas artesanías guanajuatenses con la ayuda de este libro dirigido por **Héctor Jorge Martínez** y **Ángel Uriarte**, en el que se exhibe con orgullo el resultado de un legado ancestral que trasciende en el tiempo y que reconoce el momento en que se crea, la perfección de la técnica y el amor que le brinda el alma a cada pieza.

**Vive Guanajuato a través de sus manos creadoras de identidad, Vive Grandes Historias.**



GUANAJUATO.MX



#ViveGrandesHistorias